

7980

n.º 248 Abril 16/63

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

CRISIS MATRIMONIAL,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N.º 9.
1863.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antaño.
Abelardo y Eloisa.
Abnegación y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar después de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Donito viaje.
Bondicea, *drama heroico*.
Batalla de reinos.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerre.
Cahizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
Como se empuje un marido
Con razón y sin razón.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tío.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Esta loca!
En mangas de camisa.
El que no cree... resbala.
El niño perdido.
El querer y el bascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El fantasma.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el mirinague.
Es una malva
Echar por el atajo

El clavo de los maridos.
El enceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afán de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpu-
jarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada día.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquésito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas
africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el
ahijado de todo el mundo.
Gento y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huésped.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcón.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinchón.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofofia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creación y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesa.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La unión en África.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoría)
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La enja del regimiento.
La planta exótica.
Nueven hijos
Las sisas de mi mujer.
Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martín Zurbarán.

CRISIS MATRIMONIAL.

CATALOG

OF THE

LIBRARY

CRISIS MATRIMONIAL

55-6

CRISIS — MATRIMONIAL,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. MIGUEL PASTORFIDO

Y

D. SALVADOR MARIA GRANÉS

Representada en el teatro de Variedades.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1862.

PERSONAJES.

ACTORES.

MERCEDES	Doña CÁRMEN BERROBIANCO.
DOÑA PERPÉTUA...	Doña FELIPA ORGAZ.
D. RAFAEL.....	D. JULIAN ROMEA.
EL MARQUÉS.....	D. RICARDO MORALES.
SILVESTRE.	D. EMILIO MARIO.
D. BONIFACIO.....	D. ANTONIO VICO.

La acción pasa en Madrid y en nuestros días:
empieza á las tres de la tarde y acaba á las dos de
la madrugada siguiente.

La propiedad de esta obra pertenece á sus autores, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á DON JULIAN ROMEA.

Sobre la comedia en cinco actos de MR. CASIMIR DELAVIGNE titulada *L'Ecole des Vieillards*, se ha escrito esta obra: la primera fué uno de los mejores triunfos de TALMA, y nosotros nos felicitamos de haber hallado un ROMEA que supla, con su esclarecido talento, la distancia á que haya quedado la imitacion del original.

Reciba el inspirado actor las gracias de sus amigos

Miguel Pastorido.

Salvador Maria Granés.

LA DONCELLA ROMANA

Sobre la comedia en cinco actos de Mr. Gail,
una barbacona titulada "Fables des Vieilles",
se ha escrito esta obra: la primera fue uno de los
mejores trabajos de TALMA, y nosotros nos in-
clinamos de haber hallado un ROMAN que se-
gún, con su admirable talento, la distancia a que
haya quedado la imitación del original.

Hacia el inspirado actor las gracias de sus
amigos

Alfonso de los Rios

Miguel Vazquez

ACTO PRIMERO.

Sala elegante y rica en casa de D. Rafael. Una puerta en el fondo y otras dos á cada lado. Muebles correspondientes. Entre otros una escribanía.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL, BONIFACIO.

- BONIF. ¡Mi querido Rafael!
- RAF. ¡Mi querido Bonifacio!
- Ya extrañaba tu tardanza.
- Llegué anoche, y en el acto te escribí.
- BONIF. Pues ahora mismo tu carta me han entregado.
- RAF. Tarda aquí diez y seis horas una carta en el espacio que hay desde la calle Ancha hasta la calle del Barco?
- BONIF. Eso en Madrid, Rafael, no tiene nada de extraño: el servicio de correos está aquí tan mal montado!...
- RAF. ¿Montado? ni bien ni mal: dí que está á pié, y es lo exacto.
- BONIF. Pero hablemos de otra cosa: ¿qué motivo extraordinario

- te hace venir á la córte
asi de golpe y porrazo?
¿Por qué dejas á Valencia,
en donde eres propietario?
Valencia, ciudad del Cid
y patria de los naranjos!
- RAF. Pienso establecerme aquí.
- BONIF. Rafael, ¿estás soñando?
¿Meterte en esta Babel
con tus canas y á tus años!
- RAF. Ahí verás. Si tú supieras...
¿Y por qué no he de contártelo?
Sabe que estoy... pero no...
Te iba á decir... pero callo.
¿Me prometes no reírte?
- BONIF. Prometo escucharte impávido.
- RAF. Pues aquí donde me ves
soy todo un hombre de estado.
- BONIF. ¡Adios! tambien eres víctima
del universal contagio?
¿Te habrás metido á político?
- RAF. No: me he metido á casado.
- BONIF. ¿Tú?
- RAF. Yo, si: dos meses hace;
¿mas por qué te admiras tanto?
- BONIF. Chico, porque francamente
me has dejado estupefacto.
Sé que como militar
eres valiente y osado;
pero por bravo que fueras,
nunca te creí tan bravo.
¿Y quién ha sido?...
- RAF. La hija
única de un empleado
muy célebre, que murió
en la Habana, un tal don Cándido...
- BONIF. ¿Don Cándido Percebal?
- RAF. Justo: ha sido muy nombrado.
Fué de Intendente á la Isla:
protegió á negros y á blancos,
y como tenia ingenio
se ingenió hasta adquirir cuatro.

- Y refinó tanta azúcar
y molió tanto cacao,
que refinando y moliendo
llegó á hacerse millonario.
- BONIF. Veo que hablamos del mismo.
RAF. Téngale Dios en descanso.
BONIF. ¿Y de qué murió?
- RAF. De plétora.
- BONIF. Me lo estaba figurando.
- RAF. La viuda se vino á España
con su hija: yo entre tanto,
terminada ya la guerra
de Marruecos y hecho el pacto
con el moro, por entonces
regresaba al suelo patrio.
De coronel fuí al África
en busca de un entorchado
y de coronel volví,
y á mas herido en un brazo.
Con el dolor de la herida
ya no sabia á qué santo
encomendarme: el Gobierno
me hizo pensar en san Carlos,
porque me dió una encomienda
de Carlos tercero: al año
sané y pedí mi retiro,
gracia que no me negaron.
Una noche en una casa
ví á Mercedes; y su trato,
su conversacion, sus ojos
me dejaron hechizado.
Seguí con frecuencia viéndola;
su bondad me infundió ánimo
y la declaré mi amor.
- BONIF. ¿Encontrarias obstáculos?
- RAF. No muchos: ella es tan buena,
que al fin admitió mi mano.
- BONIF. ¡Si tu primera mujer
te viera otra vez casado!...
¿Y dime, tu nueva esposa
tendrá sus cuarenta años?
- RAF. ¿Cuarenta? No.

BONIF.

¿Tiene treinta?

RAF.

¿Treinta? Tampoco.

BONIF.

¿Pues cuántos?

RAF.

Diez y siete.

BONIF.

¡Jesucristo!

RAF.

Es un ángel, Bonifacio.

¡Qué dulzura! ¡Qué candor!

Tiene sus defectos... vamos,

como tú y yo... el genio vivo...

culpa mía es que la exalto...

¡Pero me colma de tales

atenciones!... ¡me ama tanto!...

Su madre, doña Perpétua,

no ha querido abandonarnos.

Es una buena señora

muy dada al mundo y al mando.

No le gustaba Valencia,

y quiso que trasladásemos

nuestra morada á la córte.

Ella y Mercedes llegaron

hace un mes; pero yo tuve

que quedarme allí, arreglando

mis negocios: por fin hoy

voy á estrecharla en mis brazos.

Anoche no pude hacerlo

porque estaba en el teatro.

BONIF.

¿Con que aun no la has visto?

RAF.

No.

Como ella madrugaba tanto,

salió, segun me dijeron,

esta mañana temprano.

Con que ya sabes mi historia.

¿Qué te parece? Sé franco.

BONIF.

Yo profeso la teoría

de los hechos consumados.

Los apruebo sin mirar

si son buenos ó son malos.

RAF.

Ministros hay que así zanzan

los asuntos diplomáticos.

BONIF.

Mas dime: cuando tu hijo

llegara á saber el caso,

se pondría...

RAF. No lo sabe.

BONIF. Aquí está: de vez en cuando
suelo verle.

RAF. ¿Y tú qué eres?

BONIF. Simple empleado en el Banco.
Pero hablemos de tu hijo.

RAF. Yo le quiero.

BONIF. Sin embargo,

le dejas solo y sin guía
en el inmenso océano
de la vida, y haces mal
en dejarle abandonado.

Mira, yo conozco un joven
que se halla en un caso análogo
al de tu hijo: comerciante
como él, y como él privado
de los consejos de un padre,
vé cumplírsele hoy el plazo
de un depósito, y no tiene
fondos para hacer el pago.

Su situación me interesa,
y un favor de tí reclamo.

Necesita tres mil duros:

Rafael, ¿quieres prestármelos?

RAF. Mi mujer te los dará:
ella es mi depositario.

BONIF. ¿Tu mujer?

RAF. ¿A quién mejor

pude confiar tal cargo?

Pues si es lo mas económica...

Vas á quedarte prendado
de su carácter bellissimo.

Hoy por supuesto contamos
contigo para comer.

BONIF. No quisiera molestaros.

RAF. Qué demonio, alguna vez
ha de haber un *gaudeamus*.

Siempre comemos los tres
solos: hoy seremos cuatro.

De fijo en cuanto la trates
vas á enviármela tanto,
que, ó poco puedo, ó muy pronto

renuncias al celibato.

ESCENA II.

DICHOS, SILVESTRE.

SILV. Mi coronel...
RAF. ¡Ah! ¿Eres tú,
Silvestre? ¿Qué hay?
SILV. Un lacayo
acaba de traer esto. (Dándole un papel.)
RAF. ¿Y qué es esto? Á ver... Un palco
para el Real. ¿Tú vendrás? (Á Bonifacio.)
BONIF. ¿Yo?
RAF. Si: quedas convidado.
BONIF. ¿Qué hacen hoy?
RAF. (Á Silvestre.) ¿No sabes tú?...
SILV. En el cartel del teatro
decia... decia...
RAF. ¿Qué?
SILV. ¡Calla! pues se me ha olvidado.
Un nombre que suena á gata.
BONIF. Si estuviera aqui el *Diario*...
SILV. Aqui está... Lo que yo dije.
Marta. (Enseñándoselo á Bonifacio.)
BONIF. Justo: para hoy sábado.
SILV. Ópera del maestro Flauta.
RAF. Hombre, Flotow: no seas ganso.
SILV. Es lo mismo.
RAF. ¿Y quién lo envía?
SILV. El señor marqués del Rábano.
BONIF. Del Álamo.
SILV. ¡Ah! si.
RAF. Este chico
es lo mas desmemoriado...
SILV. No conozco á ese marqués.
RAF. Como usia no está en autos...
SILV. Déjate de tratamiento.
RAF. Pues vive en el cuarto bajo
de esta casa.
RAF. ¡Ah! ¿Vive en ella?
BONIF. Como que es el propietario.

Es un jóven muy galante,
espadachin consumado
y terror de los maridos.

RAF. Vamos, que no será tanto.

BONIF. Plaza que él sitia, ó se rinde
ó la toma por asalto.

RAF. Es que una mujer...

BONIF. La sigue.

en paseos y en teatros.

RAF. Pero allí vá su marido.

BONIF. Un marido no es obstáculo.

Hay mil medios de alejarle.

RAF. ¿Cómo?

BONIF. Medios diplomáticos.

Él, sobrino de un ministro,

y escritor y diputado,

figúrate si podrá...

¿Comprendes tú?

RAF. Me hago cargo.

BONIF. Como es título moderno,

todos le siguen llamando

don Leon, sin que se acuerde

nadie de su marquesado.

SILV. Y tiene un genio... ¡Qué genio!

ayer me dió un latigazo

porque pasé la berlina

delante de su caballo;

y como la señorita

le estaba entonces hablando,

pues... pagué yo. Don Leon

es una fiera.

RAF. No acabo

de comprender... ¿Qué berlina

es esa de que hablas?

SILV. Vamos,

usia no sabe... ya...

Como usia no está en autos...

RAF. Explicate.

SILV. Diré á usia.

RAF. Deja el tratamiento á un lado.

¿Desde cuándo vas tú en coche?

Respóndeme.

- SILV. ¿Desde cuándo?
Desde que la señorita Mercedes nos lo ha comprado.
- RAF. ¡Hola! No sabía yo
que vivierais con tal fausto.
- SILV. Si, señor; tenemos coche
con dos caballos normandos,
y yo... que hago de cochero
cuando el cochero está malo.
Damos de comer los lunes
y luego despues bailamos,
y vienen muchos señores
con los corbatines blancos.
- BONIF. ¿Pues no dijiste que nunca (Á Rafael.)
recibías convidados?
- RAF. Y en efecto...
- SILV. ¡Ya se vé!
Como usia no está en autos...
- RAF. Coche... caballos... banquetes...
ricos muebles... es extraño...
- SILL. Usia extraña esas cosas...
- RAF. Como usia no está en autos...
- RAF. Si dices otra vez eso,
te pongo como un san Lázaro.
- SILV. Perdone usia: me voy
si usia no manda algo.
Ya llevo cinco viajes
á la calle de Preciados;
casa de doña Pamela
la modista, á ver si al cabo
acaba el traje.
- RAF. ¿Qué traje?
- SILV. El que la tiene encargado
la señorita Mercedes.
Como usia no está...
- RAF. (Amenazándole.) ¡Bárbaro!
- SILV. Doña Pamela me ha dicho
en español *chapurrao*
que aun le falta la puntilla;
conque si no vá allí el Tato
no se acabará el vestido,
y el ama lo está esperando

y me reñirá... aquí viene.
¡Válgame san Caralampio!

ESCENA III.

DICHOS, MERCEDES.

RAF. ¡Esposa? (Saliéndola al encuentro.)
MERC. (Abrazándolo.) ¡Mi bien querido!
RAF. Al fin consigo abrazarte.
MERC. ¡Cuánto me alegro de hallarte!
¿Me está bien este vestido?
RAF. Muy bien. (Me gusta el prefacio.)
MERC. Estoy loca de contento.
BONIF. Señora...
RAF. Aquí te presento
mi amigo don Bonifacio.
MERC. (¡Vaya un ente extravagante!)
RAF. Don Bonifacio Sotero.
MERC. ¿Cómo? Sotero...
BONIF. Y soltero.
RAF. Soltero recalcitrante.
BONIF. Tengo un ama de gobierno
y así vivo muy tranquilo.
Yo sé que estar á pupilo
es estar en un infierno.
Ella no es una muchacha:
ya es mujer hecha y derecha:
cuarenta años.
MERC. Esa fecha
es buena... (para esa facha.)
Yo tendré sumo placer
siempre que usted nos visite.
El lunes doy un convite:
véngase usted á comer.
RAF. ¿Qué tal? (Ap. á Bonifacio.)
BONIF. (Id.) Muy amable.
(Mercedes habla con Silvestre.)
SILV. (Llevo
mas viajes hoy...)
MERC. ¿Y el fondista?
SILV. Ya está hablado.

MERC. ¿Y la modista?
Hoy espero un traje nuevo. (Á Rafael.)
SILV. Ha dicho doña Pamela
que hasta las seis no estará.
MERC. Pues vuelve otra vez allá.
SILV. Está bien, mi coronela.
MERC. Dí señorita.
RAF. ¿Tan mala
te ha parecido la frase?
MERC. Muy mala. (Si me llamase
á lo menos generala...)
Con eso del baile estoy
tan inquieta...
SILV. (Y yo tambien.)
MERC. Para que durmieras bien
no te ha despertado hoy.
Que pongan la carretela (Á Silvestre.)
á las cuatro.
SILV. Se pondrá.
¿Qué mas?
MERC. Nada: vete ya.
SILV. Á la órden, mi coronela. (Váse.)

ESCENA IV.

MERCEDES, D. RAFAEL, D. BONIFACIO.

MERC. ¡Otra vez!
RAF. Él no calcula
que pueda ofenderte así.
MERC. ¿Que no? ¿Coronela á mí,
como si fuera una mula?
Tú no reparas en ello,
y corregirlo es preciso.
BONIF. Señora... Con su permiso...
(Ap. á Rafael) Que no te olvides de aquello.
RAF. (Id.) Los tres mil... Ya estoy.
BONIF. Adios.
RAF. Á las cinco te esperamos.
BONIF. Señora...
MERC. (Á D. Bonifacio.) Creo que vamos
á simpatizar los dos.

¡El trato de usted, Sotero, es tan ameno!...

BONIF. ¡Señora!...

MERC. Venga usted á cualquier hora...

Póngase usted el sombrero.

(Ayudándose lo á poner.)

BONIF. Tanta bondad...

RAF. (Ya me escama

lo amable que está con él.)

BONIF. Hasta luego, Rafael.

Á los pies de usted, madama.

(Váse D. Bonifacio saludando con exagerada galantería á Mercedes, que hace lo posible por contener la risa, mientras él no ha desaparecido.)

ESCENA V.

MERCEDES, RAFAEL.

MERC. (Riendo á carcajadas.)

¡Madama!... Yo necesito

reirme, ya que se fué.

Ahora encaja aquello de...

¡qué amigos tienes, Benito!

RAF. Basta: suprime el monólogo.

MERC. Es un compendio de mérito

escrito en tiempo pretérito,

si he de juzgar por el prólogo.

Tu amigo no es un Horacio.

RAF. Porque á Dios así le plugo.

Como que ha nacido en Lugo.

y se llama Bonifacio.

MERC. Vive como un patriarca...

no le hago ningun ultraje;

pero su traje es el traje

que Noé guardó en el arca.

RAF. No te burles de mi amigo,

que es ofenderle y lo siento;

y mucho mas hoy, que cuento,

para servirle, contigo.

Es negocio de interés.

Há un mes, al venirte aqui,

siete mil duros te di.
Préstame tres mil.

MERC. ¿Yo?

RAF. Pues.

MERC. Díselo á nuestro banquero:
ya sabes cuál es su casa.
Yo... no puedo...

RAF. ¿Pues qué pasa?

MERC. Que ya no tengo dinero.

RAF. ¡Cómo! ¿Tus economías
son estas?

MERC. Hijo, ya ves...

RAF. Conque has gastado en un mes...

MERC. Un mes tiene treinta días.

RAF. ¡Siete mil duros! *Rostchild*
no gastára mas.

MERC. ¡Qué escucho!

Con que siete mil son mucho?

Pues mas son catorce mil.

RAF. Á este paso no hay fortuna
que resista...

MERC. Advierte...

RAF. ¡Basta!

MERC. El duque de Osuna gasta...

RAF. Yo no soy duque de Osuna.

MERC. Al presupuesto ordinario
solo me circunscribí.

Nada superfluo hay aquí:

no hay mas que lo necesario.

RAF. Que hable este lujo... que hable
este tren... Ni el mismo Cresol...
Coche... caballos...

MERC. Pues eso

no es mas que lo indispensable.

Al coche no hagas reproche.

Ya sabes que me he empeñado

en hacerte diputado,

y un diputado sin coche...

RAF. Das convites...

MERC. Por lo cual

es necesario este tren.

¡Puede nadie mirar bien

- á quien dá de comer mal?
Me interpelas... y te arguyo...
y voto si es necesario...
RAF. (¡Estilo parlamentario!
Pues este estilo no es suyo.)
MERC. El Marqués, nuestro vecino,
es sobrino...
RAF. Si, ya sé...
MERC. Del ministro...
RAF. Bien, ¿y qué?
MERC. Nada, que siendo sobrino...
Se interesa y te protege...
y se empeña en la demanda...
RAF. (Entonces ya se quién anda
en este tejemaneje.)
Conque...
MERC. Si has de adelantar,
si han de hacerte diputado,
si quieres ser empleado,
antes procura brillar.
Ten presente, Rafael,
que un buen puesto se concede
generalmente al que puede
pasarse muy bien sin él.
Y al pobre que con afán
un empleo solicita,
al que mas lo necesita
casi nunca se lo dan.
Yo la amistad ambiciono
de gentes como el Marqués,
no mas que por tu interés,
solo para darte tono.
Si me visto con esmero
es por tí, bien claro está!
y lo que dice mamá:
el decoro lo primero.
En mis adornos verás
que uso siempre tus colores,
y llevo cintas y flores
por tí, por tí nada mas.
Tengo coche, porque creo
que asi abrevio tus asuntos,

porque podamos ir juntos
al teatro y al paseo...

Si doy convites aqui
que redundan en tu honor,
si vivo con esplendor,
¿por quién es sino por tí?
Si me ves resplandeciente
de joyas que admira el arte,
es solo por agradarte,
por tí, por tí solamente.

RAF. Deja que en estrecho lazo
anude de amor las redes.

MERC. ¿Me perdonarás, Mercedes?
Y á mas te daré un abrazo.
(Se abrazan.)

ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA PERPÉTUA.

PERP. Abrazala, yerno mio,
que mi niña lo merece.
Mirala qué linda está:
debes bendecir tu suerte.

RAF. ¡Qué hermosa!

PERP. Al fin hija mia.

¡Qué mujer, qué mujer tienes!
Donde quiera que la ven
no extraño yo que se lleve
todos los obsequios, todos.
Si hasta abren calle las gentes
solo por verla...

MERC. ¡Mamá!

PERP. Pues y en el teatro! El viernes,
ayer, fuimos al Real.
Cuál se fijaban los lentes
en esos ojos de fuego
y esa garganta de nieve!
Cantaban la Norma, pero
la Norma era mi Mercedes,
y habia mas de un Polion,
no digo uno, sino veinte,

mas aun ...

RAF.

¡Cómo, señora!

PERP.

Es decir, es una hipérbole.

RAF.

¿Polion?

PERP.

El Cónsul romano.

Pues si lleva hechas mas muertes....

Hablo en metáfora... ¡Pues!

Corazones inocentes

que se desviven... Entre ellos

el baroncito del Céspedes,

y el conde de la Enramada,

y el Marqués de Clarafuente,

y el duque de Montenegro,

y el vizconde de la Sierpe.

Pues si llama la atencion...

vamos, que ni el mismo Verdi.

Te pudiera citar varios,

mas de cinco y mas de siete,

que codician sus miradas

y la saludan corteses,

y la obsequian, la agasajan,

la miman y la entretienen,

y si ella les diera pie,

por ella se dieran muerte;

pero yo siempre la digo:

hija, que penen, que penen...

Conque ya ves, yerno mio,

¡qué mujer, qué mujer tienes!

RAF.

Está bien. Mucho me place

que se diviertan ustedes,

aunque, la verdad, á mí

no es cosa que me divierte

que vaya á esas diversiones,

adonde van tantas gentes,

y mucho menos, señora,

estando el marido ausente...

Tantos pollos ó Poliones,

como usted dice que hay siempre...

En fin, menos mal ¡i ella

vive contenta y alegre.

PERP.

Las cuatro: vamos al Prado,

que ya es hora: ¡tú no vienes? (Á Rafael.)

RAF. ¿Por qué no?
 PERP. Yo no le contado
 contigo; pero si quieres...
 MERC. No vas á ver al banquero?
 RAF. Dices bien: es cosa urgente...
 MERC. Pues hasta luego.
 RAF. Hasta luego.
 ¡Qué hermosa y qué buena eres!
 (Vánse ellas.)

ESCENA VII.

D. RAFAEL.

¡Pronto me separan de ella!
 Pero es fuerza, aunque me pese:
 de otro modo no podría
 dedicarme á mis quehaceres,
 y hoy es bien que me consagre
 á la cuestion de intereses.
 Mucho dinero ha gastado
 entre carruaje y muebles;
 mas las razones que dá
 son razones convincentes.
 Buscaré los tres mil duros
 antes que el otro se entere.
 Mi banquero tiene fondos,
 y como me pertenecen,
 y ademas yo tengo crédito,
 me los dará. Voy á verle.
 ¿Silvestre? (Llamando.)
 (Dentro.) Allá voy, señor.
 ¿Silvestre? ¡Vivo!...

SILV.
 RAF.

ESCENA VIII.

D. RAFAEL, SILVESTRE.

SILV. Presente,
 mi coronel.
 RAF. El sombrero.
 (Silvestre se lo trae.)

Iré en carruaje. Siempre es una ventaja... Ella me ha gastado en un mes siete mil duros; pero si son todos los gastos como ese, tan útiles y tan cómodos, no es mucho: ¿verdad, Silvestre? ¡Pues!

SILV.

RAF.

Manda acercar el coche.

(Breve pausa.)

Vamos, hombre, ¿no te mueves?

SILV.

Señor... es el caso que...

la señorita Mercedes

ha dispuesto de él.

(Se oye el ruido del coche que parte.)

RAF.

Ya veo...

Bueno; me es indiferente.

Iré á pié: así como así

el ejercicio conviene...

(Váse lentamente.)

ESCENA IX.

SILVESTRE, siguiéndole con la vista.

Vaya, el que no se consuela no es mas que porque no quiere. Si estuviera en su lugar, yo la echaria de jefe, y aunque la mamá y la niña vinieran haciendo dengues, antes que entraran aquí todos esos mequetrefes, que hacen el pavo real andaria yo á cachetes. ¡Con el Marqués, sobre todo: el tal vecino es un nene!... Aquí está. (Viéndole llegar.)

ESCENA X.

SILVESTRE, el MARQUÉS.

MARQ. ¿No hay nadie aquí?

SILV. Si que hay alguien: estoy yo.

MARQ. Tú no eres nadie.

SILV. ¿Que no?

Pues yo creía que sí.

Usted...

MARQ. Dame tratamiento.

SILV. Está bien, señor Marqués.

MARQ. ¿Sabes mi nombre?

SILV. Usia es...

lo que es en este momento

no recuerdo... Usia es don...

Usia es un animal...

MARQ. ¿Eh?

SILV. Pero yo no sé cuál.

MARQ. ¡Tunante!

SILV. ¡Ah! Sí: don Leon.

MARQ. (Mi visita ha sido vana.)

¿Y tu señora?

SILV. (Te veo.)

No está en casa: fué á paseo:

á la Fuente Castellana.

MARQ. Pues corro sin dilacion...

SILV. ¿Á la fuente?...

MARQ. Si.

SILV. Corriente;

mas si vá usia á la fuente

cuidado con el pilon.

MARQ. ¡Bruto!

SILV. No es justo el regaño.

Yo por su bien lo decia.

Con la prisa puede usia

tropezar y hacerse daño.

Y como el pilon es hondo,

y como que no está enjuto...

MARQ. (Este muchacho es un bruto;
pero tiene muy buen fondo.)

- He variado ya de idea.
¿Tienes dinero?
- SILV. (¿Á que este
vá á decirme que le preste?)
¡Vaya! Usia se chancea!
Usia se burla...
- MARQ. No;
y en prueba de que no es broma...
- SILV. (Ahora me lo pide...)
- MARQ. (Dándole un duro.) Toma.
- SILV. Un duro. ¿Y qué he de hacer yo
para que la cuenta salde?
- MARQ. ¿Qué has de hacer? Hablar.
- SILV. No quiero
por hablar tomar dinero.
- MARQ. ¿Eh?
- SILV. Yo siempre hablo de balde.
- MARQ. Pues bien: puedes refrescar
con ese duro.
- SILV. Corriente.
Gracias: eso es diferente.
- MARQ. ¿Y de qué vamos á hablar?
- MARQ. De tu señorita.
- SILV. ¡Cómo!
¿Cree usia que yo me alquile
para ser corre-ve-y-dile?
Ahí vá el duro: no le tomo.
- MARQ. Hombre, escucha... Yo te juro
que á nada malo te obligas.
Quiero solo que me digas...
- SILV. Pues entonces venga el duro.
- MARQ. ¡Gracias que me entiendes! Ten.
Tu ama y tu amo ¿qué tal
se llevan?
- SILV. Bien... Digo mal,
porque no es bien, que es... muy bien.
- MARQ. (Se está burlando de mí.)
Y desde que se casó
tu señora ¿ha habido?...
- SILV. No.
- MARQ. ¿Conque viven en paz?
- SILV. Si.

MARQ. (Pues, señor, me voy á fondo.)
Y si agradarla procuro,
ella...

SILV. Tome usia el duro.
Á eso yo no le respondo.

MARQ. Guárdale: yo te lo doy.
(Ó es muy bestia ó es muy listo.)
Vaya, me marchó. (Está visto
que nada consigo hoy.)
Volveré luego.

SILV. (El mocoso
creyó burlarse de mí.)

MARQ. Dí á tu ama que estuve aquí. (Yéndose.)

SILV. Lo diré, señor don... Oso.

(Váse el Marqués.)

ESCENA XI.

SILVESTRE.

¡La cosa no trae malicia!
Ya comienzan los regalos.
Si esto se arreglara á palos
lo mismo que en la milicia...
Pero no es dar una carga
casarse... Bien dije yo
cuando el amo se casó,
que á la cortá ó á la larga...
Si, señor: yo seré un burro;
pero nadie me la dá.
¡Pobre amo mio! Aquí está.
Por si vienen mal, me escuro.
(Váse.)

ESCENA XII.

D. RAFAEL, D. BONIFACIO.

RAF. Me alegro de haberte hallado
en la escalera.

BONIF. ¿Qué hay?

RAF. ¿Qué?

Que no tenemos dinero. ¿No has hablado á tu mujer?
 BONIF. Si; pero ella... (Si le digo la verdad... ¿Qué le diré?)
 Se han hecho gastos enormes al montar la casa... ¡pues!
 Fui á ver á mi banquero, pero está en Carabanchel, y no tenemos un cuarto. Conque... lo siento. Otra vez...
 BONIF. Yo lo siento mas que tú, porque... al fin lo has de saber: el hombre que necesita esos tres mil duros es...
 RAF. Dilo.
 BONIF. Tu hijo.
 RAF. ¡Arruinado!
 mi hijo!
 BONIF. Si, Rafael.
 Se metió en un mal negocio y ha firmado pagarés...
 RAF. ¿Y antes que á mí se dirige á un extraño!
 BONIF. ¿Y qué ha de hacer si su padre le abandona? Yo me intereso por él, ya que por dicha no tengons hijos, suegra ni mujer.
 RAF. ¿Tú buscarás el dinero?
 BONIF. Buscarle... ¿y dónde?
 RAF. No sé...
 ¿No estás en el Banco?
 BONIF. Si.
 RAF. ¿No manejas fondos?
 BONIF. Bien;
 pero...
 RAF. Por un solo día.
 BONIF. Yo no puedo disponer del dinero que no es mio. Estamos á fin de mes y habrá arqueo...
 RAF. Por un día.

BONIF. ¡uno solo!... Bien, lo haré.
(Al cabo soy su padrino:
casi desde la niñez
vive sin padre... y ¡qué diablo!
por fuerza le he de querer.)
Voy... Adios...

ESCENA XIII.

DICHOS, MERCEDES, DOÑA PERPÉTUA, MARQUÉS.

MERC. (Entrando delante.) ¡Don Bonifacio!
BONIF. Con el permiso de usted...
MERC. ¿Otra vez nos abandona?
BONIF. Un asunto de interés...
Pronto vuelvo.
MARQ. (Acercándose.) ¡Usted aquí!
¡Cuánto lo celebro! Ayer
me hablaba de usted mi tío
ponderando su honradez
y su exactitud y su...
BONIF. Mil gracias, señor Marqués.
(Hablan los dos aparte.)
PERP. (Á Mercedes, ap.)
Dime: ¿quién es este facha?
MERC. (Id.) Amigo de Rafael.
MARQ. En fin, cuente usted conmigo.
BONIF. No sé cómo agradecer... (Váse.)

ESCENA XIV.

E. RAFAEL, DOÑA PERPÉTUA, MERCEDES, el MARQUÉS.

MARQ. Caballero... (¿Quién será?
Por las canas...) Usted es...
RAF. De casa.
MARQ. ¡Ya! Si... comprendo...
Esa semejanza...
RAF. ¿Eh?
MARQ. (Y ella que nada me ha dicho...)
Caballero, tiene usted

- una hija encantadora.
RAF. ¡Cómo! ¿Usted piensa?...
MERC. Marqués,
no es mi padre; es mi marido.
MARQ. (¡Su marido!)
MERC. (Presentándose.) Rafael
Motezuma.
MARQ. ¿Será cierto?
Cuánto me alegro de ver
al futuro diputado,
al invicto coronel,
por cuya candidatura
me tomo tal interés.
Amigo mío, usted sale. (Con énfasis.)
RAF. (El que vá á salir es él!)
MARQ. Mi tío cuenta con mucha
influencia moral... ¡pues!
y en el distrito de Vigo
mi tío casi es un rey.
Á las últimas noticias
la votacion iba bien,
según parte telegráfico
que ha mandado el comité.
De manera que á estas horas
nuestra la victoria es.
Usted representa á Vigo,
y ninguno como usted
le dará tanta importancia
y nombre al distrito aquel.
MERC. Marqués, no sabemos cómo
pagarle...
MARQ. ¿Pagarme? ¿El qué?
Su esposo de usted merece
lo poco que hago por él.
La patria le necesita:
el país tiene interés
en llevar á esos escaños
hombres de mucho valer,
que den á la situacion
prestigio, honor y sosten.
RAF. Pero mi edad...
MARQ. Es la edad

del juicio y la madurez,
y en fin... la cosa está hecha:
no cabe retroceder.
Esta noche dá mi tío
á sus amigos un té.
Usted ya me ha prometido (Á Mercedes.)
ir, y usted irá tambien. (Á Rafael.)

RAF.

Pero...

PERP.

No hay pero que valga.

RAF.

He convidado á comer
á un amigo: irá al teatro
con nosotros...

PERP.

Bien... después...

MERC.

Hazlo por mí...

RAF.

No respondo...

MARQ.

En fin, cuento con usted.
Esta noche espero darle
mi cumplido parabien.

PERP.

Con que hasta luego, Señoras...

MARQ.

Si, si: hasta luego, Marqués.

RAF.

Caballero... (Saludando y yéndose.)

PERP.

Servidor.

Voy á arreglar mi *toilette*.

ESCENA XV.

MERCEDES, D. RAFAEL.

MERC.

¿Conque es cosa decidida?
¿Iremos al baile?

RAF.

No.

MERC.

Bien: tú no irás; pero yo...
yo estoy ya comprometida.
El Marqués nos ha invitado
con generoso interés,
y ese desaire á un marqués
que vá á hacerte diputado...

RAF.

¿Y qué tenemos con eso?

MERC.

Tenemos...

RAF.

Vas á decir
que yo no puedo vivir
sin sentarme en el Congreso?

MERC. Si te sirve de escalón para una secretaria... y lo que ahora decia el Marqués: la situación... Nos aprecia mucho.

RAF. ¿Sí?

MERC. Y ayudándole en sus planes...

RAF. Tantos obsequios y afanes de fijo no son por mí.

MERC. ¿Pues por quién?

RAF. Palcos de abono.

Bailes... Conozco la táctica.

MERC. Hijo mio, esa es la práctica de las gentes de buen tono.

Ya te irás acostumbrando...

RAF. Es que yo no necesito.

Por Dios que el tal Marquésito

se me vá ya indigestando.

MERC. Al menos en mi presencia

habla de él con mas respeto.

El Marqués es un sujeto

de muchísima influencia.

Y como ha ofrecido ya

servirnos en todo fiel...

«Tu marido es coronel»

me decia ayer mamá:

«si han de darle el entorchado»

es preciso que el Marqués

le haga primero ser...

¿qué menos que diputado?

Si las cosas no van mal

y es del gobierno un sosten,

podrá conseguir tambien

la faja de general.»

RAF. Ya mi retiro he pedido,

y sé lo poco que valgo.

MERC. Pues tú tienes que ser algo.

RAF. Mujer, ¿no soy tu marido?

MERC. Quiero que alcances honores;

que conozcan lo que vales;

que alternes con generales,

ministros y embajadores.

Eso es lo que necesito,
hacerte un hombre de pro.
¿Iremos al baile?

RAF. No.

MERC. Lo dije ya, y lo repito.
¿Pero por qué?

RAF. No me encuentro
bien entre esa sociedad.
Allí me ato, y, la verdad,
estoy fuera de mi centro.

MERC. ¡Hurón!

RAF. ¿Te picas?

MERC. Me pico.
¡No ir al baile, cuando ayer
mandé á toda prisa hacer
un traje nuevo y muy rico!
Y lucirlo no podré
si la ocasion se me escapa.
¡Mira, voy á estar mas guapa!...
Ya verás.

RAF. No lo veré.

MERC. Es usted muy complaciente
y ese proceder es digno. (Con ironía.)
No: pues yo no me resigno:
no cedo tan fácilmente.

RAF. No faltarán diversiones.

MERC. ¿Cuál es el programa?

RAF. ¿Cuál?

MERC. Ir esta noche al Real.

RAF. ¿Y luego?

RAF. Si no te opones,
cenar.

MERC. ¿Y luego?

RAF. Un espacio
breve, despues de la cena,
en conversacion amena
con mi amigo Bonifacio.

MERC. ¿Me gusta la amenidad
de ese rancio caballero!

RAF. Pues yo su trato prefiero
al de esa otra sociedad
que te deleita y no envidio.

MERC. ¡Señor esposo!...
RAF. ¡Mujer!...
MERC. Lo que usted pretende hacer
es que me mate el fastidio.
Me voy á morir aquí.
RAF. No tal: Bonifacio y yo...
MERC. Me voy á morir. Si.
RAF. No.
MERC. ¡Cuando yo digo que sí!
RAF. Tú puedes, ya lo irás viendo,
ir al teatro conmigo,
cenar con mi buen amigo
y seguir despues viviendo.
MERC. Con quien de honesto solaz
por un capricho me priva,
no es posible que yo viva.
RAF. ¡Mujer!
MERC. Y menos en paz.
¡Oh qué marido!
RAF. ¿Me insultas?
MERC. ¡Qué esposo!
RAF. Esto es demasiado.
MERC. ¡Usted dá un golpe de estado!
Usted verá las resultas.
RAF. Pero...
MERC. Usted verá si acierta
en ir contra la opinion,
cuando la revolucion
está llamando á la puerta.
RAF. Pero...
MERC. Usted no es liberal.
RAF. ¡Mujer!...
MERC. Usted se retracta
despues de firmar el acta...
RAF. ¿El acta?
MERC. Matrimonial.
RAF. La cuestion vá á ser eterna,
y que obedezcas es ley.
En casa el marido es rey.
MERC. Pero la mujer gobierna.
RAF. ¡Demonio!
MERC. Mamá lo ha dicho.

RAF. ¿Conque... mamá? Se conoce,
y... (Claro está, con el roce...)
Pues no accedo á ese capricho.
Tendré esta vez energia.
MERC. ¡Vendrá la revolucion!
RAF. Que venga.

MERC. Á mi habitacion
me marchó.

RAF. ¿Si? yo á la mia.

MERC. No llame usted: será en vano:
del cuarto no he de salir.
Me encerraré para huir
del aspecto de un tirano.

RAF. ¡Uno al norte y otro al sur!
(Linda entrevista, despues
de no vernos en un mes!)
Conque...

MERC. Nada. Abur.

RAF. Abur.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MERCEDES, SILVESTRE.

SILV. ¿Señorita?

MERC. No he llamado.

SILV. Ya lo sé; pero me manda
el amo á decir á usia
que quiere venir á hablarla.

MERC. (Creerá que he desistido
de ir al baile: pues se engaña.)
Y con qué cara te dió
ese encargo?

SILV. ¿Con qué cara?

Con la suya. ¿Pues habia
de pedir otra prestada?

MERC. (Este muchacho es negado.)
Quiero decir que si estaba
de buen ó de mal humor...

SILV. Yo no entiendo una palabra
de eso de humores: si fuera
el mariscal Cantarrana!

Ese si que entiende.

MERC. Bien.

SILV. Curó un humor á mi jaca...

MERC. Á tu amo que cuando guste
uede venir.

SILV. Voy, mi ama.

ESCENA II.

MERCEDES.

Ahora vendrá á suplicarme,
á reiterar sus instancias;
y querrá lograr por buenas
lo que no logró por malas.
Encontrarme pensará
tal vez en traje de casa
resignada al sacrificio;
pero yo le diré cuántas
son dos y dos. Hélo aquí...
Tomo una postura lánguida
y finjo no haberle visto.
Se vá acercando.

ESCENA III.

MERCEDES, RAFAEL.

RAF. ¡Caramba!

¡Qué linda está mi mujer!
¿Merceditas?

MERC. ¿Quién me llama?

RAF. Yo.

MERC. ¡Ah! Creí que era alguien.

RAF. Parece como que extrañas
mi visita.

MERC. Y en efecto
me parece extemporánea.

RAF. ¿No te la anunció Silvestre?

MERC. Es verdad; no me acordaba...

RAF. ¿Segun veo yas al baile?

MERC. Cabal.

RAF. ¿Aunque yo no vaya?

MERC. Aunque usted no vaya: yendo
mamá, no me hace usted falta.

RAF. ¿Aun dura el enojo?

MERC. Aun dura.

Es que ha cesado la causa;
porque yo, visto tu empeño,
no me opongo.

MERC. Muchas gracias.

Opóngase usted, si quiere,
y verá lo que adelanta.

RAF. ¡Hija!

MERC. (¡Pues viene mas blando
de lo que yo me pensaba.)

RAF. Á tus años las pasiones
el corazon avasallan;
pero á mi edad la razon
su fuego domina y calma,
aunque no siempre sofoque
sus primeras llamaradas.

Á nuestra pasada riña
dió márgen mi intolerancia;
mas con privarme de tí
sabré castigar mi falta.
Mientras tú del baile gozas,
yo aqui en amistosa plática
con mi pobre Bonifacio
entretendré la velada,
tan corta, cuando tú estás;
cuando tú no estás, tan larga.

MERC. ¡Paciencia! ¡Cómo ha de ser!
¿Y por qué no me acompañas?
¿Por qué á tu esposa prefieres
un amigo tan...

RAF. ¡Oh! Calla:

calla y no injurie tu labio
la amistad mas pura y santa...
Ese amigo de quien antes
te mofaste y ahora ultrajas,
ese ridiculo viejo
que fué objeto de tus sátiras,
ese, á costa de su crédito,
de su honor y de su fama,
tal vez de su porvenir,
libra mi nombre de infamia.

MERC.

¿Qué dices?

RAF.

Mi pobre hijo,
á quien en hora menguada
abandoné para darte
todo el amor de mi alma,
tenia que reintegrar
un depósito, y se hallaba
sin fondos por el momento.
Divulgada su desgracia,
su apellido, el apellido
que de mí heredó sin mancha,
bien pronto padron de oprobio
hubiera sido en la plaza.
Cincuenta años de honradez,
toda una vida sin tacha
no pondrian á cubierto
de la deshonra mis canas.
¿Y tu amigo...

MERC.

RAF.

Por salvarle
ha recurrido á la caja
de cuyos fondos no puede
disponer quien bien los guarda,
sin que al saberlo le acusen
de abuso de confianza.
Yo, por tus locos dispendios,
no puedo aliviar en nada
la crítica situacion
de mi hijo, y él le salva.
¿Quién hay, entre tus amigos,
capaz de abnegacion tanta?
Búrlate, riéte ahora
de mi amigo: hízle epigramas.
Que yo entre tantos parásitos
como invaden nuestra casa,
haciendo alardé de ingenio,
de juventud y elegancia,
prefiero á mi Bonifacio,
viejo y de fortuna escasa,
pero que es capaz de todo
porque tiene grande el alma.
Y yo le admiro tambien,
y si es preciso que haga

MERC.

un sacrificio, estoy pronta:
la gratitud me lo manda.
Renuncio al baile.

RAF. ¿Es posible?

MERC. Quiero emplear estas galas
en haceros los honores...

RAF. ¡Oh! Gracias, Mercedes, gracias.

ESCENA IV.

MERCEDES, RAFAEL, DOÑA PERPETUA.

PERP. Vamos, niña: yo estoy ya
dispuesta y ataviada.

¿A tí no te falta nada?

MERC. Nada me falta, mamá.

PERP. Pues entonces cuanto antes...

Ya son las diez.

MERC. No te azores.

PERP. Vaya, arréglate esas flores...

Vete poniendo los guantes...

RAF. (Veremos si aqui fielmente

de Eva el caso se renueva.)

PERP. ¿Vamos?

RAF. (Mi mujer es Eva

y mi suegra la serpiente.)

PERP. De tan brillante reunion

serás la gala mas bella.

MERC. ¡Ay, mamá!

PERP. ¿Qué noche aquella!

¿Vas á cantar la cancion?

MERC. Bien puedo cantar sin tásca

para entretener la noche.

PERP. Que está esperando ya el coche.

MERC. Es que yo me quedo en casa.

PERP. ¿Cómo?

MERC. Lo dicho, mamá.

PERP. ¿Que no vas al baile?

MERC. ¡Pues!

PERP. ¿Pero qué dirá el Marqués?

MERC. Qué sé yo lo que dirá?

PERP. Él te invita.

- MERC. Empresa vana.
PERP. Y vá á ser un compromiso...
RAF. (La escena del Paraíso,
salvo el probar la manzana.)
PERP. (Á Rafael.)
Y tú, ¿qué dices á esto?
RAF. Que me parece muy bien.
PERP. Y á mí mal.
RAF. En cuanto den
las doce, ceno y me acuesto.
PERP. (Á Mercedes.)
¿Conque, merced á su esplin,
hoy se nos agua la fiesta,
y despues de estar compuesta
te quedas compuesta y sin...
RAF. Se queda en cambio conmigo.
PERP. ¡Soberbio entretenimiento!
RAF. Y á mayor abundamiento
vendrá á cenar un amigo.
Bonifacio.
PERP. ¡Vaya un ente!
RAF. Nuestra amistad es sincera.
PERP. ¡Harás bonita carrera
si tratas con esa gente!
Yo me meto en estas cosas,
porque como son verdades...
Debes buscar amistades
que te sean provechosas.
RAF. ¿La del Marqués?
PERP. Justo... si:
has dado con el registro.
El sobrino de un ministro
puede hacer mucho por tí.
Y no te muestres rehacio,
que yo por tu bien lo digo.
¡Preferir á ese un amigo
cuyo nombre es Bonifacio!
RAF. Si, pues el de usted me alegra.
¡Perpétua!
PERP. Nombre de raza.
RAF. Perpétua es ya una amenaza:
añádale usted ser suegra...

PERP. ¿Sirve mi nombre de crítica?
RAF. No, mamá-suegra.
PERP. Sé culto.
Suegra parece un insulto:
llámame mamá política.
Una plaga, una epidemia
sois los militares.
RAF. ¿Eh?
PERP. ¿Á mí suegra? Bien se vé
que no eres de la Academia.
RAF. Nuestros sueldos son muy módicos,
y en la milicia no es práctica
aprender mas que la táctica.

ESCENA V.

DICHOS, SILVESTRE.

SILV. Aquí traigo los periódicos.
Quiere usia que los guarde,
ó que se los deje aquí?
RAF. *La Esperanza... El Reino...*
PERP. Si:
periódicos de la tarde.
Ya empiezas á hacer papel.
Te nombran.
MERC. ¿Á ver, mamá?
SILV. Mi coronel...
RAF. Vete ya.
SILV. Á la orden, mi coronel. (Váse.)

ESCENA VI.

DOÑA PERPETUA, MERCEDES, RAFAEL.

RAF. Veamos qué es lo que piensa
sobre mi candidatura
el pais: se me figura
que ha de elogiarme la prensa.
Y es natural: ¡mi mujer
mantiene á la prensa en masa!...
¡No hay escritor que en mi casa

- PERP. falte un lunes á comer!
Es un cálculo metódico
para adquirir gloria y fama.
Uno te dedica un drama;
te alaba otro en su periódico.
- RAF. Pues á lo que yo reparo,
aunque usted cante victoria,
el camino de la gloria
sale demasiado caro.
- PERP. Hijo, ¿qué le hemos de hacer?
Aqui no hay hombre sin hombre.
¿Quieres que te den renombre?
Pues dales tú de comer.
- RAF. Un diario democrático... (Ojeando un periódico.)
El Horizonte infinito...
- MERC. En ese escribe Pepito.
- PERP. ¡Aquel chico tan simpático!...
- RAF. «Cuando el libre pueblo Etrusco,
alzando la altiva frente,
arrolló como un torrente...»
No es esto lo que yo busco.
- PERP. ¿No continúa?
- RAF. (Recorriendo el periódico.) Si, vuela
en alas del pensamiento.
- PERP. Pepito tiene talento.
- MERC. ¡Ha compuesto una zarzuela!
- PERP. Es necesario saber
qué es lo que dicen de tí.
- RAF. Aqui hay un suelto... Á ver... Si:
me nombran.
- MERC. Á ver...
- PERP. Á ver...
- RAF. «Don Rafael Motezuma.»
- MERC. Ese eres tú.
- PERP. Bien... Sepamos...
- RAF. «Con indignacion tomamos
y con vergüenza la pluma.
El gobierno, el santo fuero
del país pone en un tris:
otra vez se dá al país
un diputado cunero.»
¿Cunero? ¡Voto al demonio!

¡Magnífico estilo usa!
Yo no vengo de la Inclusa:
soy hijo de matrimonio.

PERP.

RAF.

«Aunque se haga alarde
de un falso liberalismo,
lo mismo estamos, lo mismo
que en tiempos de Calomarde.
Prensa, córtés y milicia
claman con eco fatal
porque la hacienda anda mal
y no anda bien la justicia.
Y aunque en malestar eterno
el pueblo entero se agite,
lo que aquí no se permite
es hablar contra el gobierno.
De esta mortal parálisis
despertamos solamente
cuando murmura la gente:
el ministerio está en crisis.»
¡Ah, bribon! Me injuria así
y del gobierno se queja,
cuando el gobierno le deja
que hable mal de él y de mí?
Heme aquí expuesto á la crítica,
sufriendo sus iras hoy
al primer paso que doy
en la carrera política.
¡Y este es don Pepito! el trasto
que tú me has enaltecido!
el que en mi casa ha comido
y nunca ha pagado el gasto.

PERP.

No debe tener noticia
de ese artículo Pepito.

MERC.

Vaya, si él lo hubiera escrito,
él te haría mas justicia.

RAF.

Algun pedazo de atun
ha redactado el papel.

¡Si todos fueran como él,
pobre sentido comun!

MERC.

RAF.

¡Pepito!...
¡Buena conquista!

¿Y querrás que yo le hable?
No puede uno ser sociable
con un hombre socialista.
Los suyos me arman camorra...
Ahí tienes el *Horizonte*.
Dales de comer... componte
para esas gentes... de gorra.
Funesta diputacion
que me lanza en tal escollo!
Puede perdonarse el bollo
en gracia del coscorron.
No quiero ser diputado.

PERP. ¡Cómo! En momento tan crítico...

MERC. ¡Qué honra el ser hombre político!

RAF. Basta el ser bien educado.

¿Qué ventaja saco yo
ni qué bien me viene á mí
si una vez digo que si
y otra vez digo que no?

PERP. No es cosa trivial ni vana
el sentarse en el Congreso:
mi difunto debió á eso
ir de intendente á la Habana.

Y saqué muy buena renta
del tiempo en que estuvo allí.
¡Qué tiempo aquel, cuando á mí
me llamaban la intendenta!

Pronto tendrás, caro yerno,
un entorchado en la manga:
ya verás que es una ganga
ser adalid del gobierno.

Te darán cruces... ¿Quién sabe
si un título de Castilla?...

RAF. (Á ver esta gaceta...
lo que estoy leyendo es grave.

«Don Pedro Gil...» mi banquero.

«Se susurra que ha quebrado,

»fugándose apresurado...»

¡Caramba! Con mi dinero.)

Vuelvo. (Saber necesito...

¡Esto me faltaba!) (Marchándose veloz.)

PERP. Yerno,

¿dónde vas?
RAF. No sé... al infierno.

(Váase corriendo.)
MERC. Irá á buscar á Pepito.

ESCENA VII.

DOÑA PURPÉTUA, MERCEDES.

PERP.] Hija, me he quedado extática
con ese arranque tan súbito.
¿Qué le habrá dado?

MERC. No sé.

PERP.] ¡Vaya con Dios! Yo presumo
que iremos al baile ahora.

MERC. No; ya he dicho que renuncio...
Mi marido no vá...

PERP. ¿Y tú

te quedas á hacerle el duo?
Miento, que vendrá su amigo
y será un terceto... bufo.
Tu marido es un imbécil,
y hablo así en interés suyo.
Ese desaire á un Marqués,
por cuya amistad é influjo
van á hacerle diputado,
á un corazon noble y puro...
vamos, es un desatino,
un disparate mayúsculo.

MERC. ¿Qué quieres, mamá?

PERP. Este día,
que debió ser todo júbilo,
vá á ser todo lo contrario.
Íbamos á comer juntos
y comemos separados:
el Marqués nos cede un turno
para ir al Real, y... nada...
se apaga tu genio músico,
y te encierras derramando
lagrimones como puños.
Te demuestro que haces mal;
vuelves á cambiar de rumbo;

te decides á ir al baile;
te vistes con ese lujo;
pero viene tu marido,
se enfada, á lo que discurro,
y otra vez nuestros proyectos
se deshacen como el humo.
¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí?
¡Pues! *¿Ubinam gentium sumus?*

ESCENA VIII.

DOÑA PERPÉTUA, MERCEDES, el MARQUÉS.

MARQ. Señoras...

PERP. Caro Marqués,
llega usted á muy buen punto.

MARQ. ¿Yo?

PERP. Si; Mercedes se pasa
á la oposicion.

MARQ. ¿Qué escucho!

PERP. No quiere ir al baile.

MARQ. ¿No?

MERC. No quiero dar un disgusto
á mi marido.

PERP. Eso es...

pongo yo todo mi estudio
en vestirme y adornarte
para que venga el estúpido
de don Bonifacio á ser
nuestro solo contertulio?
¿Quieres aburrirte aquí
en silencio triste y mústio?
Vendrás al baile.

MERC. ¡Mamá!...

PERP. Lo dicho: no capitulo.

Le parece á usted, Marqués,
le parece á usted que es justo
que cuando apenas mi niña
ha cumplido el tercer lustro,
tan solo porque á mi yerno
se le antoja ser un buho,
ha de estar la pobrecita

siempre alejada del mundo?
Cuando la purpúrea rosa
abre al aura su capullo
no es bien que esconda su tallo
entre ramajes incultos.
Yo no quiero que mi niña
viva en retiro profundo
y se encuentre con que el tálamo
ha sido para ella un túmulo.
Puesto que el señor ministro,
benévolo hasta lo sumo,
piensa que ha de embellecer
sus salones...

MARQ.

No lo dudo.

PERP.

Concurriendo mi Mercedes
á ese banquete nocturno;
puesto que al fin se ha vestido
con tal gracia y tan buen gusto,
ella irá al baile: su esposo
no ha de meterla en un puño.
Privarla de ir á la fiesta...
quererla imponer un yugo...
esclavizármela así
como si el fuera el Gran Turco
y ella fuera una odalisca
guardada por cien eunucos...
¡Vaya, no faltaba mas!
¡Pues ni el autócrata ruso!
Ese derecho del hombre
á ser en su casa el único
que reuna voz y voto
no es un derecho inconcuso.
Eso es propio solamente
del régimen absoluto,
que la sociedad moderna
ha rechazado; y por último,
el veto de su marido
es de por sí un voto nulo:
ni en las leyes de Partida,
ni en el mismo Fuero Juzgo
hay caso que le autorice
á semejante *ex-abrupto*.

MARQ. Dice usted muy bien: Mercedes no ha de vivir como el vulgo.

PERP. Es claro.

MARQ. Ni usted tampoco.

PERP. En su parecer abundo.

No quiero pasar el tiempo entre oraciones y ayunos como si fuera una monja, que aun no estoy en el crepúsculo de la vida. Con que he dicho.

MARQ. ¡Bravo! ¡Soberbio discurso!

Ni Ciceron.

PERP. Muchas gracias.

MARQ. Y yo mis súplicas uno á tan brillante oracion.

Es incomprensible, absurdo, que se sacrifique usted por su esposo hasta ese punto.

MERC. ¡Si yo no me sacrifico!

Me quedo aqui por mi gusto.

Mi marido no se opone...

PERP. ¿Que no se opone? Lo dudo.

Tú le quieres disculpar.

MERC. No, mamá; no le disculpo.

MARQ. Pues si él es tan complaciente

y no hay obstáculo alguno,

¿por qué ha de esquivar usted

el merecido tributo

que en aras de la belleza

rendimos siempre con júbilo?

Vamos, es cosa corriente;

no hablemos mas del asunto.

¡Qué magnífica ovacion

la espera! Ya me figuro

ver á usted, atravesando

por entre apiñados grupos

que su aparicion saludan

con lisonjeros murmullos,

siendo Venus de aquel mar

que diera envidia á Neptuno.

Los hombres corren al verla

en afanoso tumulto,

- codiciando una sonrisa,
ambicionando un saludo.
Y á no ser uno de mármol
ó tener alma de estuco,
¿cómo no admirar, señora,
tantos atractivos juntos?
Usted será nuestro encanto,
nuestra gloria, nuestro orgullo,
nuestro sol, nuestra esperanza,
nuestra pasión, nuestro culto.
(¡Esto sí que es hablar bien!
Ni aun el mismo Marco Tulio...)
- PERP. Decídete, que ya es tarde.
MERC. ¡Ay! mamá, yo tengo escrúpulos...
Mi marido nada sabe...
PERP. ¿Qué importa?
MERC. Si yo le anuncio
mi salida, extrañará...
PERP. Pónle cuatro letras.
(Mercedes se pone á escribir.)
MARQ. Justo.
PERP. Dile que es un compromiso...
que estaremos diez minutos...
Cualquier cosa... que el Marqués...
MERC. Siento que me tiembla el pulso,
y es que no debe ser buena
esta acción.
MARQ. (Consigo un triunfo.)
PERP. Date prisa.
MERC. Ya acabé.
PERP. ¿Silvestre?
(Gritando y dando repetidos campanillazos.)

ESCENA IX.

DICHOS, SILVESTRE.

- SILV. (Pues ni que uno
fuera sordo...) Mande usía.
PERP. Toma. (Dándole la carta de Mercedes.)
SILV. Tomo.
PERP. Escucha.

SILV. Escucho.
PERP. Darás esa carta...
SILV. (Leyendo el sobre.) ¿A quién?
PERP. ¿No has visto el sobre? ¡Qué bruto!
SILV. Estimando.
PERP. ¿Conque sabes
para quién es?
SILV. Lo barrunto:
para el amo.
PERP. ¡Deo gracias!
SILV. Vaya, no hable usia en ruso.
¿Y las señas?
PERP. ¿Eh? ¿Qué señas?
SILV. Es decir, ¿dónde le busco?
MERC. Cuando venga se la das.
PERP. Es claro.
SILV. (Para mí es turbio.
El Marqués y la señora...
y la vieja... ¡Ay! me figuro...)
MARQ. Conque... ¿vamos?
PERP. Si, si.
MERC. Pronto,
porque si tardamos mucho
me quedo en casa.
MARQ. Corramos.
PERP. (Ya salimos del apuro.)
MERC. No sé qué presentimiento...
PERP. Vaya, déjate de augurios.
MARQ. Mi intencion es que usted brille.
Claro...
SILV. (Te veo, besugo.)
MARQ. El brazo y *en route*.
PERP. Si.
MERC. Vamos.
SILV. (¡Cuando digo que está oscuro!...)

ESCENA X.

SILVESTRE.

¿No ha de causarme sorpresa
que se escriban lo que pasa,
viviendo en la misma casa,
comiendo en la misma mesa?
¡Escribirle la señora,
y así tratar los asuntos,
ellos que estan siempre juntos
y pueden á cualquier hora!...
Pues, señor, temo un disturbio...
La vieja tiene el descaro
de decir que esto está claro,
y yo digo que está turbio.
La niña se vá con él...
El Marqués se vá con ella...
y los dos... ¿Si será estrella
que tenga mi coronel?
¡La luna de miel es una
y han de comérsela dos;
pero si son tres... ¡Adios!
Pronto se acaba la luna.

ESCENA XI.

SILVESTRE, RAFAEL.

RAF. (Dudé de un hecho que afirma
quien tanto embuste propala;
mas cuando una nueva es mala,
casi siempre se confirma.
Yo, fiando en mi banquero,
á Bonifacio acudí,
y mañana vendrá aquí
á pedirme su dinero.
Y no se lo podré dar...
¿Y qué le he de responder?
Voy á hablar con mi mujer:
necesito consultar...)

- SILV. Un papel, mi coronel.
(Presentándole la carta.)
- RAF. ¿Dónde está la señorita?
(Sin tomarla.)
- SILV. Esta carta... (Así se evita...)
- RAF. Respóndeme.
- SILV. Este papel...
- RAF. Responde á lo que pregunto.
- SILV. Es que...
- RAF. ¡Dale!
- SILV. (No barrunta
que la carta y la pregunta
son cosas del mismo asunto.)
- RAF. Tu pesadez me molesta
y ya mi paciencia es harta.
- SILV. Pues tome usia la carta
y encontrará la respuesta.
Léala usia, y al fin
hallará lo que desea.
- RAF. Á ver... (Toma la carta y la lee rápidamente.)
- SILV. (En cuanto la lea
se arma la de San Quintín.)
- RAF. Está bien. (Con aparente tranquilidad.)
- SILV. (Pues no se armó:
será un papel muy meloso.)
- RAF. (¡Huir así de un esposo,
de un esposo como yo!)
¿Hemos tenido visita
á lo que parece? (Señal afirmativa de Silvestre.)
¡Bien!...
- SILV. ¿Y se puede saber quién?...
Don Leon.
- RAF. ¿La señorita
estuvo en conversacion?...
Con don Leon.
- SILV. Con don Leon.
- RAF. ¿Y se iria?...
Con don Leon.
- RAF. Le daría
el brazo... ¡pues!
- SILV. Don Leon.
- RAF. (Siempre ese nombre en mi oído,
que en ira mi pecho abrasa.)

- SILV. (Todo el hombre que se casa
debe perder un sentido.)
- RAF. (Siento que desgarrar el alma
desengaño tan cruel.)
- SILV. Parece que el coronel
toma la cosa con calma.
- RAF. (Si era tal el compromiso
que de ir al baile tenía,
¿por qué cedió, cuando había
conseguido mi permiso?
Si ya su deseo en mí
no encontraba resistencia,
¿por qué aprovechar mi ausencia
para abandonarme así?
Luego á hacerme tal agravio
la indujo solo ese hombre,
ese Marqués, cuyo nombre
quema al pasar por mi labio.
Si cierta mi ofensa es
y el Marqués á mi honra atenta,
yo pediré estrecha cuenta
de su conducta al Marqués.
Quiero la verdad desnuda,
pese á mi dolor, saber.
La verdad no puede ser
mas horrible que la duda.
Quiero apurar el veneno
de esa copa acibarada.)
(Levantándose y dando un golpe sobre la mesa.)
- SILV. ¿Qué le dá á usía?
- RAF. (Reponiéndose.) ¿Á mí? Nada.
¿No ves que estoy muy sereno?
- SILV. Si que lo veo.
- RAF. (Tal dolo
es vil, es infame y es...)
- SILV. (Vá á parar en Leganés
como siga hablando solo.)
- RAF. (Iré al baile: á mis recelos
asi término pondré.
Iré al baile: la diré...
la diré que tengo celos.
¿Celos?... No, no estoy celoso.

En seguirla no obro mal:
es jóven... y es natural
que la acompañe su esposo.
No porque yo desconfie...
¡Qué disparate! ¡al contrario!
Pero el mundo... es necesario...
¡pues!) (Tranquilizándose á la vista y sonriéndose.)

SILV.

(Vamos, ya se sonrie.)

RAF.

(Los hombres han de ser cautos.)

Quítame el gaban.

SILV.

Corriendo.

¿Vá usia al baile?

RAF.

Si.

SILV.

Comprendo.

RAF.

Como usia ya está en autos...
Yo tengo allí entrada franca,
puesto que me han convidado.

(Pero si voy... Bien mirado...)

No voy.—Mi corbata blanca.—

(Dirán lenguas infamantes

que el Marqués me inspira miedo.)

Está resuelto: me quedo.

¿No hago bien?—Dame los guantes.

SILV.

Cierto. ¿Qué gusto se saca?...
y en fin, lo que quiera usia.

RAF.

Ir á turbar su alegría...

No voy, no.—Ponme la placa.

¡Hoy que á Bonifacio espero

busca ella otra sociedad!

¡Mejor! Con mas libertad

estaremos.—Mi sombrero.

SILV.

¿Pero usia vá, ó no vá?

RAF.

No voy. (¿Qué temo? Aunque es bella,

¿no está su madre con ella?

Pues si allí su madre está...

¡Pero es tan linda y tan jóven!...

y yo que tanto la adoro...

No me quedo: es mi tesoro

y temo que me lo roben.)

(Vá á salir á tiempo que entra D. Bonifacio.)

ESCENA XII.

DICHOS, BONIFACIO.

- BONIF. Vaya, aquí me tienes ya:
salimos bien de la empresa.
Con que... ¿Vamos á la mesa?
Tengo un hambre...
- RAF. El caso está...
- BONIF. Yo me doy la enhorabuena
de haberlo todo arreglado;
y en fin, si me he retrasado,
la comida será cena.
- RAF. Es que yo...
- BONIF. ¿Vas á salir?
- RAF. No, sino que yo...
- BONIF. ¿Has querido
recibirme de cumplido?
(Vamos, no sé qué decir.)
Mercedes al baile fué
con su mamá...
- BONIF. ¡Caro amigo!
¿Y tú te quedas conmigo?
Muchas gracias.
- RAF. No hay de qué.
Iba á buscarla... Un esposo
no deja á su esposa sola;
porque... en fin... el mundo...
- BONIF. ¡Hola!
- RAF. Chico, ¿te has vuelto celoso?
¡Celoso! ¿Celoso yo?
¡Qué disparate!... Al contrario...
Pero el mundo... es necesario...
- BONIF. En fin, ¿comemos? ¿Sí ó no?
- RAF. Yo bien quisiera... y por mí...
pero mi mujer... ¿estás?
- SILV. (Como este no coma mas
que lo que coma hoy aquí...)
- BONIF. Te veo inquieto... ¿Qué tienes?
¿Vengo acaso á molestarte?...
- RAF. ¡Cómo! ¿Puedes figurarte?...

- Yo me voy al baile: ¿vienes?
- BONIF. ¡Jesucristo! ¡Me hago cruces!
- ¿Á mí tal proposición?
- RAF. La música... y el salón...
y las flores... y las luces...
Yo tengo un capricho loco
por esos bailes.
- BONIF. ¡Qué escucho!
- RAF. Hombre, á mí me gustan mucho:
mucho. ¿Y á tí?
- BONIF. ¿Á mí? Tampoco,
- RAF. No me puedo contener:
yo soy dado á los placeres:
tengo ese flaco, ¿y qué quieres?
- BONIF. (Pues me deja sin comer.)
¿Con que te pones los guantes?
¿Con que me abandonas?
- RAF. Si.
- BONIF. Es que no sales de aquí
sin darme de comer antes.
- RAF. Es cosa ya decidida.
- BONIF. Pero, hombre...
- RAF. No me detengas.
- BONIF. Adios. Otra vez que vengas... (Váse.)
- BONIF. Mil gracias por la comida.

ESCENA XIII.

BONIFACIO, SILVESTRE.

- SILV. Don Bonifacio, ¿qué tal?
- BONIF. Hijo, ya ves lo que pasa.
Ni se come en esta casa
ni me llevan al Real.
- SILV. Fíese usted en amistades.
- BONIF. El pérfido me abandona.
(Poniéndose el sombrero y marchándose.)
Nos iremos á Perona
y despues á Novedades.

ESCENA XIV.

SILVESTRE.

Mi amo no duerme por ella,
y don Bonifacio ayuna.
Aquel tiene mala luna
y este tiene mala estrella.
Si no le alumbra un farol
en noche tan desdichada,
el pobre vá á hallar cerrada
hasta la Puerta del Sol.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ESCENA XIV.

— ALBERTO —

Mi amo no duerme por ella,
y don Benito aguar,
¡qué tiene mala luna
y está tiene mala estrella!
Si no le abunda un furo,
en noche tan desolada,
el pobre va a hallar corral
hasta la Puerta del Sol.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MERCEDES, DOÑA PERPETUA en traje de baile.

MERC. ¡Gracias á Dios que llegamos!
No podia estar tranquila...

PERP. Pero explicame la causa
de esa fuga repentina.
¡Abandonar el salón!
¡una *soirée* tan magnífica!
Estabas tan elegante,
y tan graciosa, y tan linda!
Esta noche hubieras sido
la admiracion y la envidia
de la noble sociedad
que el ministro recibia.
Yo no se por qué me has hecho
volver aqui á toda prisa.
Una hora hemos estado...

MERC. Un siglo me parecia...

PERP. Comprendo bien que tú sientas
una aversion instintiva
hácia esos bailes de máscaras,
centro de tantas intrigas;
mas la casa del ministro

donde no se vulgariza
una muchacha, bailando
mazurcas ni polcas íntimas...
vamos, no acierto...

MERC. ¡Mamá!...

PERP. Algunos tal vez creerían
que te habías puesto mala.

MERC. Mi conciencia es la que grita
y me dice que hago mal.

PERP. Me estás asustando, niña.

MERC. Rafael habrá sentido
esta ligereza mía,
y yo siento disgustarle
por una causa tan frívola.
Tal vez andará buscándome...

PERP. No faltará quien le diga
que nos hemos retirado.

MERC. ¡Plegue á la Virgen Marial!

PERP. El Marqués se lo dirá.

Ese si que simpatiza
conmigo... ¡es tan obsequioso!...

Siempre á nuestro lado iba.

Desde que entramos allí...

MERC. Pero mi esposo le mira
con prevencion, y yo temo
que por la cosa mas nimia...
Rafael tiene un carácter
dulce; mas cuando se irrita
en nada repara.

PERP. ¿Y qué?

Vamos, tú no pronosticas
mas que desgracias. Y, en fin,
¿qué hay para que así te aflijas?
Que el Marqués, que es un sujeto
de una educacion muy fina,
te presenta en el gran mundo;
que el ministro nos convida;
que vamos al baile; que eres
quien mas la atencion cautiva;
que á tu hermosura y talento
hacen los hombres justicia;
que uno de ellos, el Marqués,

usa atenciones continuas
con nosotras; que te habla...
¿Y qué? ¿Es motivo de crítica?
MERC. Mi marido...

PERP. Si te riñe
dile que la culpa es mía.
Yo nunca he tenido miedo
á la discusion: si grita,
gritaré mas fuerte yo.
Á mí nadie me esclaviza.
Soy mujer independiente,
viuda y sola, y libre y rica,
que es lo principal: mañana
voy á comprar una quinta
en Carabanchel: allí
daremos bailes, comidas,
y en cuanto llegue el verano
representaciones líricas.
Conque adios: voy á quitarme
estas flores y estas cintas,
y de paso me pondré
una bata mas sencilla.
Hasta luego.

MERC. Adios, mamá.
PERP. No temas: vuelvo en seguida. (Vase.)

ESCENA II.

MERCEDES.

Aunque yo me dé razones
y me disculpe á mí misma,
siento que una voz severa
dentro de mi pecho grita,
y censura mi conducta
y me impide estar tranquila.
Yo no he debido ir al baile.
Allí se ofreció á mi vista
un cuadro deslumbrador...
¡Cuánta nobleza reunida!...
Y luego el salon... la orquesta
cuyas dulces melodias

acariciaban mi oído...
¡Oh! ¡Cuán hermosa es la vida!
si entre fiestas y placeres
blandamente se desliza!
Es la vida del gran mundo
la que el cielo me destina,
la que yo... Pero á ese baile
ir con mi esposo debía...
Él es... le siento llegar...
su vuelta me tranquiliza.
¡El Marqués! (Viéndolo llegar.)

ESCENA III.

MERCEDES, el MARQUÉS.

MARQ.

Dispense usted,
Mercedes, si mi venida
á tan avanzada hora
le parece intempestiva.
Cuando usted salió del baile
me hallaba en la estancia misma
del ministro: los negocios
absorben toda su vida;
y no me extraña por cierto:
consagrado á la política...
Me llamó para anunciarme
una nueva importantísima.
Ya le contaré... Á mi vuelta
ya no vi á usted... Sentiría
que alguna indisposición...
No; estoy bien.

MERC.

MARQ.

Me doy albricias...
Al volver á los salones,
donde hallar á usted creía,
ver me pareció á su esposo,
y á saludarle ya iba;
pero dudé... Como usted
me aseguró que no iría...
Y contamos con él siempre;
dicen que se modifica
el gabinete: mi tío

es la base: no podría formarse sin él: ejerce una influencia legítima en el parlamento. Es claro: tiene dotes brillantísimas. Tiene el don de la palabra... En fin, hay buenas noticias. Para el esposo de usted habrá una secretaria ó una direccion al menos. Veremos si en loterías. Ya es diputado: aqui está el parte que lo confirma; parte oficial, telegráfico, del jefe de la provincia. Conque ya vé usted, señora, que mi amistad es...

MERC.

Finísima!

MARQ.

Sincera, no mas, sincera. (¡Marqués, ha llegado el dia en que pruebes tu elocuencia y tu... valor!) Merceditas...

MERC.

Marqués, yo no sé en verdad cómo agradecer podría tantas bondades.

MARQ.

Señora... su aprecio es mi única dicha, mi mas grata recompensa, mi satisfaccion mas íntima.

MERC.

La gratitud de mi esposo le ofrezco al par de la mía.

MARQ.

Hablemos de la de usted; es la que el alma codicia. ¡Qué dicha el poder llamarla mi mejor, mi única amiga! Aunque vivo entre esos jóvenes cuya ambicion se limita á tener palco en la ópera, yeguas de tiro y de silla, y saber guiar un tílburí, y ejercitarse en la esgrima, y almorzar con hombres públicos,

y cenar con bailarinas,
y hablar mal del ministerio
entre cuatro periodistas,
no es eso lo que ambiciono;
yo tengo mas altas miras.
No me agrada una existencia
trivial, monótona, insípida.
¡Qué fortuna si en usted
hallara un mentor, un guia!

MERC. ¿Cómo he de ser su mentor,
yo que soy casi una niña?
¿Cómo puede dar consejos
quien tanto los necesita?

MARQ. ¿Y qué importa? En igual caso,
yo tambien se los daria.

MERC. Mi marido es el que debe...

MARQ. Mas él por sus años dista
de poder establecer
esa perfecta armonia
que es base del matrimonio
y lazo de la familia.

Entre el carácter de ustedes
puede haber analogia,
igualdad de sentimientos

y aun atenciones recíprocas;
pero los gustos son otros
y las costumbres distintas.

Usted es mas jóven... y él...
es natural que le diga
sin ofenderla: «te amo...
eres mi bien... mi delicia...»
y esas palabras de amor...

MERC. Labran el placer, la dicha.

MARQ. Justo. ¿No es verdad, Mercedes,
que hay en el alma una fibra
que siempre responde al eco
del sentimiento que inspira?

(Yo no sé lo que me digo,
pero aqui de mí osadia.)

¿No es verdad que el corazon
se abre al amor y palpita?...
(Ya debe haberme entendido.)

- Y cuando el alma suspira...
(Está visto; me declaro.)
no hay voluntad que resista?
Mercedes, yo... la amo á usted.
(Adios, reventó la mina.)
- MERC. ¡Cómo! ¡Marqués! Usted... ¡Ah!
- MARQ. ¿Esta confesion le admira?
- MERC. Me sorprende tal audacia.
¿Quién imaginar podria?...
Pues no sé cómo se expliquen
mis atenciones continuas
y mis...
- MERC. Salga usted.
- MARQ. ¡Señora!...
- MERC. Salga usted. (¡Oh! ¡qué ignominia!)
- MARQ. (No está á la altura del siglo,
y mientras se civiliza
tendré que esperar.) Señora,
yo creí que usted habria
comprendido mis deseos.
- MERC. (Hoy el cielo me castiga.
Mi benévola amistad
interpretó su malicia.)
Salga usted.
- MARQ. Pero...
- MERC. Oigo pasos...
- MARQ. ¡Mi marido! Estoy perdida.
- MARQ. ¡Ah! no... Aqui me ocultaré.
(Mi posicion vá á ser crítica.)
(Entra en un cuarto de la derecha.)
- MERC. ¡El Marqués... fatal secreto!
¡Y figurarse podia...

ESCENA IV.

MERCEDES, sentada y habiendo tomado maquinalmente un libro
mientras decia los anteriores versos. RAFAEL, que ha entrado
tambien momentos antes y se vá aproximando lentamente.

RAF. (No me engañó el corazon:
el Marqués ha entrado aqui,
y no le encuentro. Ella... si...

lo leo en su turbacion.)

¿Cómo tan sola?

MERC.

Ya ves...

Te esperaba...

RAF.

Si, lo veo.

MERC.

Y estaba inquieta...

(Mirando hácia donde se ha escondido el Marqués.)

RAF.

Lo creo.

(Ya sé dónde está el Marqués.)

MERC.

Tomé este libro...

RAF.

¿Y leyendo

tan honda inquietud sentias?

MERC.

En efecto...

RAF.

(Tomándolo el libro.) «Poesias de Villergas...» Ya comprendo.

¿Quién á la impresion resiste

de un libro tan sério y grave?

Villergas, ¿quién no lo sabe?

es un poeta muy triste.

MERC.

No; pero...

RAF.

Nadie ha venido?

MERC.

Nadie.

RAF.

¿Nadie? Estás turbada.

¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

MERC.

Nada.

Como habias tú salido...

RAF.

Tu zozobra es natural:

temblabas solo por mí.

Pues ya me tienes aquí.

MERC.

Hay otro motivo.

RAF.

¿Cuál?

MERC.

Temo haberte disgustado yendo á ese baile en tu ausencia.

RAF.

¿Por qué? yo te dé licencia,

y tú la has aprovechado.

Y aunque luego tu bondad

te hizo á mi ruego acceder,

no extraño, siendo mujer,

tanta volubilidad.

Y no hay para qué lamente

que tú á ese baile hayas ido:

yo tambien me he divertido

- entre toda aquella gente.
 Encontrarme en un salon
 donde hay necios que me empujan,
 y me pisan y me estrujan...
 siempre es una diversion.
 Entre ellos al Marqués ví,
 y el Marqués tambien me vió;
 pero no me saludó;
 como no estabas tú allí...
 Yo no extraño su despegó;
 tal vez le sorprenderia...
 ¡Ay! qué memoria la mia!
 Para tí me dió este pliego.
 Ya verás que el interés
 del ministro no fué en vano.
 (La prueba tengo en la mano.)
 ¿Quién te dió el pliego?
- MERC. El Marqués.
- RAF. ¿En el baile?
- MERC. Sin demora
 entregármelo ha querido...
 ¿En el baile?
- RAF. Y me ha ofrecido...
- MERC. ¿Pero en el baile, señora? (Con ímpetu.)
- RAF. No creí que esa noticia
 pudiera exaltarte así...
- MERC. Ese baile hizo que en mí
 se cebara la malicia.
- RAF. ¡La cólera me sofoca!
- MERC. Al pasar yo entre las damas,
 mil sangrientos epigramas
 corrian de boca en boca.
 Por todas partes la gente
 en voz baja murmuraba
 que ese marqués te asediaba
 con un amor insolente.
 Que con lisonjero acento
 hablaba siempre contigo.
 Pero yo daré castigo
 á su loco etrevimiento.
- MERC. ¡Habla mas bajo por Dios!
 Tal vez escuchando esten...

- RAF. ¿Quién puede escucharnos, quién?
¿No estamos solos los dos?
- MERC. Los criados...
- RAF. Hago alarde
del furor con que me exalto.
El Marqués...
- MERC. No hables tan alto.
- RAF. El Marqués es un cobarde.
- MERC. ¡Rafaell!
- RAF. Es un villano.
Quiero verle en mi presencia
y castigar su insolencia
y afrentarle con mi mano.
- MERC. Modera tu frenesí.
- RAF. Su vida... Su sangre...
- MERC. (Mirando inquieta hacia donde está el Marqués.)
¡Ah!
- RAF. Déjame solo. (Allí está.)
- MERC. No puedo dejarte así.
Hay aquí un secreto...
(Señalando al corazón.)
- RAF. Dilo.
- MERC. Que en vano por ahogar lucho.
- RAF. Pues bien, habla... ya te escucho.
- MERC. No: cuando estés mas tranquilo.
- RAF. (¿Y qué puede ella decir
que dé á mis males remedio?)
- MERC. Te dejo... (No hay otro medio
para que pueda salir.)
- RAF. (Sus deberes atropella
burlando mi amante fé.)
- MERC. (Un Dios mi inocencia vé
y ese velará por ella.) (Váse.)

ESCENA V.

RAFAEL, el MARQUÉS.

- RAF. Salga usted ya, caballero:
salga usted.
- MARQ. (Saliendo.) Ya estoy aquí.
¿Qué pretende usted de mí?

RAF. Castigar su audacia quiero.

MARQ. Sepa al menos el motivo
que su cólera excitó.

RAF. ¡Lo pregunta, estando yo
deshonrado y usted vivo!
¿Armas? ¿Sitio?

MARQ. ¡Disparate!

¡Un duelo!

RAF. Si: ¿piensa usted

que aun me otorga una merced
si al fin conmigo se bate?

¿Piensa que soy en mal hora
uno de tantos maridos
al desprecio sometidos

del mismo que los desdora?

¿Que miran como un favor

la limosna que reciben,

y en calma y alegres viven

viviendo del deshonor?

Yo, de su conducta audaz

al pedirle estrecha cuenta,

rasgo este padron de afrenta:

Marqués, ya estamos en paz.

MARQ. Mal acoge en su furor

de mi amistad los favores.

RAF. Marqués, yo no quiero honores:

lo que yo quiero es mi honor.

MARQ. Mercedes es inocente.

Basta que yo lo asegure.

RAF. En vano es que usted lo jure:

quien obra como usted, miente.

MARQ. No miente, y tiene derecho

á ser por su honor creído,

quien noble, cual yo, ha nacido

y lleva esta cruz al pecho.

RAF. Honra usted su juventud

con la misma cruz que yo.

La cruz que un gran rey creó

para premiar la virtud.

¡Cruz insigne, limpia estrella

que siempre al honor guiaba,

porque nunca un pecho honraba

- que la deshonrase á ella!
Si es de virtud un blason,
si es un timbre de nobleza,
¿cómo encubre la vileza
que encierra ese corazón?
Muestra de altos beneficios
es la que usted ha alcanzado:
la mia es premio ganado
con distinguidos servicios.
Esa es vanidad que el laja
ante la virtud herida:
esta es mi sangre vertida
en los campos de batalla.
La accion que vengar ansio
nuestra igualdad ha deshecho,
y la cruz que está en su pecho
no puede estar en el mio. (Se la quita.)
- MARQ. Me insulta usted sin razon,
y esa injuria me ofendiera,
si su lenguaje no fuera
dictado por la pasion.
Ella no dió recompensa
ni esperanzas á mi amor.
- RAF. Siendo usted su defensor
el elogio es una ofensa.
- MARQ. Fuera un ridículo alarde
medir su valor y el mio.
- RAF. Rehusar este desafio
fuera propio de un cobarde.
- MARQ. Sns canas templan mi furia
haciendo sus iras vanas.
- RAF. Debíó usted mirar mis canas
antes de hacerme la injuria.
- MARQ. No puedo aceptar el reto;
y perdono ese arrebató,
pues quedo, si yo le mato,
en ridículo completo.
- RAF. No ha de humillar su nobleza
sangre que el insulto lava,
porque el ridículo acaba
en donde el crimen empieza.
Robar á un hombre la calma,

echar en su honra un borron;
sembrar desesperacion
y amarguras en su alma;
¿qué importa si es vicio añejo
y el mundo lo ha consentido?
¿Qué supone ya un marido,
y mas si el marido es viejo?
Si se le engaña, mejor!
El mundo goza en su suerte.
Pero nadie se divierte
con el que venga su honor.
Cuando la sangre ha corrido
y hay castigo á la maldad,
entonces la sociedad
no se burla del marido.
Yo, venciendo en el combate,
logro completa venganza;
y á usted el castigo alcanza
aunque en el duelo me mate.
Así, cualquiera que venza,
mi perdido bien rescato:
con su vida si le mato:
si muero, con su vergüenza.
Y puedo morir contento,
sin que, al dejar de existir,
triunfe usted, porque al morir
le dejo el remordimiento.

MARQ. Basta... Insultar mi valor...
Harta paciencia he tenido.
Puesto que usted lo ha querido
salgamos, tanto mejor.

RAF. Consigo mi objeto al fin.

MARQ. Soy noble, soy caballero;
allá en el jardín espero.

RAF. Está bien: iré al jardín.

ESCENA VI.

RAFAEL.

Esa luna que despiden
un melancólico brillo

vá á ser hoy de mi venganza
fiel y callado testigo.
No quiero que se retarde
ni un minuto el desafío;
mas para llevarlo á cabo
es necesario un padrino.
Escribiré á Bonifacio.
¡Oh dicha! Él es.

ESCENA VII.

RAFAEL, BONIFACIO.

BONIF.

¿Das permiso?

RAF.

Adelante.

BONIF.

Rafael...

RAF.

Tú á estas horas... ¿Qué motivo?...

BONIF.

Chico, estaba en el teatro:

para matar el fastidio

compré *La Correspondencia*,

y un párrafo en ella he visto

donde se pondera el triunfo

que has logrado en tu distrito.

RAF.

No es cierto...

BONIF.

¿Te atreverás

á negar lo que ya ha dicho

La Correspondencia? Un órgano

de autorizados registros,

que urgen competentemente

maestros competentísimos?

Chico, ya eres diputado:

sea enhorabuena, chico.

RAF.

Gracias, pero no hay de qué,

porque ese cargo no admito.

BONIF.

Renunciar un diputado

al derecho de dar gritos

y accionar, y al acabar

de decir, decir: he dicho!

No me cabe en la cabeza

semejante desatino.

RAF.

Si supieras las razones.

que me dictan tal partido...

No te cases, Bonifacio: no te cases, te lo digo por tu bien.

BONIF. ¿Pero á qué viene ese exordio? No adivino...

Yo no tengo novia aun y rayo en cincuenta y cinco...

RAF. ¡Casarse!... ¿Sabes lo que es?

BONIF. No: no lo sé á punto fijo; pero poco mas ó menos...

RAF. Pues bien, yo voy á decírtelo: casarse es vivir muriendo de un lento, horrible martirio; es arrojarse insensato al fondo de un precipicio...

Casarse á tu edad un hombre con una niña, es lo mismo

que querer amalgamar el invierno y el estio:

es unir por un contrato la razon con el delirio.

BONIF. ¿Para qué obra de moral escribes ese capítulo?

¿Y por qué mi matrimonio, aun antes de consentido,

ha de inspirarte ese horror?

Si alguna vez lo realizo, haré lo que tantos otros;

seré como ellos marido. Tú te has casado á mi edad

y eres feliz.

RAF. Yo... es distinto. Pero tú... joven tu esposa,

tú viejo... ¿Quién ha de uniros si es díscolo su carácter,

y de fijo será díscolo? Tú querrás vivir aislado

y ella buscará el bullicio: si un buen amigo te queda,

se burlará de tu amigo. Si le entregas tu dinero, lo derrochará sin tino.

Lágrimas á todas horas,
á cada momento gritos,
reconvenciones amargas,
insultos no merecidos,
noches eternas de insomnio,
días aun mas intranquilos...
Hé ahí tu mujer.

BONIF. ¡Caramba!

¡Pues me gusta el panegírico!
¿Y por qué, cuando tu esposa
es dulce y buena contigo,
si yo me caso, la mía
ha de ser un basilisco?

RAF. Porque yo... yo... es otra cosa.
pero tú... tú... no es lo mismo.
Tu esposa te engañará.

BONIF. Ó no.

RAF. ¡Cuando yo lo digo!...
¡Te engañará!

BONIF. Si me engaña
yo le romperé el bautismo.

RAF. No; lo que harás, Bonifacio,
es tener celos continuos,
que desgarrarán tu alma
con infernales suplicios.

BONIF. ¡Qué disparate!

RAF. Y un día,
una noche, mejor dicho,
sorprenderás á su amante,
á su cómplice, escondido
dentro de tu misma casa.

BONIF. Hombre, tú has perdido el juicio.

RAF. Y entonces, ardiendo en cólera
al ver tu honra hecha añicos,
le provocarás...

BONIF. *Nequaquam.*

RAF. Él aceptará...

BONIF. *Distingo...*

RAF. Te batirás...

BONIF. Lo que es eso
ni en suposición lo admito.
Si quiere batirse solo,

- corriente; pero conmigo...
¡Vaya, no faltaba mas!
Yo soy un hombre pacífico.
RAF. Te batarás como yo
me voy á batir.
BONIF. ¡San Crispulo!
¿Qué dices?
RAF. Que es necesario
que me sirvas de padrino.
BONIF. Pero, Rafael...
RAF. ¿Aceptas?
BONIF. Hombre, yo nunca me he visto...
RAF. Arregla las condiciones.
¿Tú tiras?
BONIF. ¿Que si yo tiro?...
Alguna vez que tropiezo
con un mueble, lo derribo.
RAF. ¿Te chancas cuando yo
voy á correr un peligro?
BONIF. Pero, señor, ¿vá de veras?
¿Es cierto ese desafío?
RAF. ¿Lo dudas aun? ¿Silvestre?
(Llamando y acercándose á la puerta.)
BONIF. ¡Santo Dios! ¡Qué laberinto!
(Aparece Silvestre.)

ESCENA VIII.

DICHOS, SILVESTRE.

- SILV. Mande usia.
RAF. Mis pistólas
y mis floretes.
SILV. Voy.
RAF. ¡Vivo!
SILV. ¿Traigo tambien el estuche?
RAF. No es necesario.
SILV. Lo digo
porque para verlas solo
mejor estan en su sitio.
Y á mas como estan cargadas
y el señor no es del oficio,

á poco que se descuide
y les apriete el gatillo...
BONIF. (Ap. á Rafael.)
Mejor es que no las traiga:
se puede escapar el tiro...
RAF. Vé por eso.
SILV. Voy, mi amo.

ESCENA IX.

RAFAEL, BONIFACIO.

BONIF. (Pues, señor, estará escrito.)
Pero, Rafael, por Dios.
Mira que es un desatino;
mira que yo ya soy viejo;
mira que tú no eres niño;
que es una calaverada,
y que...
RAF. Basta: no desisto.

ESCENA X.

DICHOS, SILVESTRE.

SILV. Señor, aquí estan las armas.
RAF. (Á Bonifacio.)
Tómalas y ven conmigo.
BONIF. Bueno... (Voy como la víctima
que llevan al sacrificio.)

ESCENA XI.

SILVESTRE.

Y se van... Pues no comprendo...
Yo creí que era un capricho...
Pero esto ya no me gusta:
me está dando un olorcillo...
y el amo estaba tan serio
y tan cariacontecido...
yo voy á ver lo que pasa,

y que quiera ó no, le sigo.

ESCENA XII.

SILVESTRE, MERCEDES, DOÑA PERPETUA.

MERC. ¿Silvestre?

SILV. (Volviéndose.) ¿Qué manda usted?
(A qué mal tiempo has venido.)

MERC. ¿Sabes dónde está tu amo?

RILV. Hace poco que le he visto
salir con don Bonifacio.

MERC. (Entonces habrá salido
tambien el Marqués. Temí
que se encontrarán. ¡Respiro.)
Lleva esta carta al Marqués.

SILV. Corriente: voy en un un brinco.
(Yo quiero seguir al amo:
yo tengo el alma en un hilo.)

ESCENA XIII.

DOÑA PERPÉTUA, MERCEDES.

MERC. Ya cumplí con mi deber.

PERP. Mercedes, me ha sorprendido
tu revelacion. ¡Qué audacia!
Buscar un pretesto frívolo
para introducirse aquí
y ofrecerte su cariño!
¡Y á las dos de la mañana!
Por fortuna tu marido
está ignorante del caso,
que si no... ¡Vaya un conflicto!

MERC. Dios quiera que nada sepa.

PERP. Extraño que haya salido
de casa tan á deshora.

¿Cuál puede ser el motivo?

MERC. Lo ignoro... Como no sean
los asuntos de su hijo...

PERP. Ya... si.

MERC. Por buscar dinero...

PERP. ¿Y por qué no me lo ha dicho?
Yo puedo, si es necesario,
sacarle del compromiso.
Le daré los tres mil duros.
Si fuera mas... pero un pico
tan corto... No le perdono
esa reserva conmigo.

ESCENA XIV.

DOÑA PERPÉTUA, MERCEDES, SILVESTRE.

SILV. ¡Señorita!... ¡Señorita!...
PERP. ¿Qué es eso?
MERC. ¿Qué ha sucedido?
SILV. ¡Válgame el niño Jesús!
¡y San Juan y San Francisco!
PERP. ¿Pero qué pasa?
SILV. ¿Qué pasa?
lo que pasa es que hay un lío...
MERC. Habla.
SILV. Pues hablando estoy.
PERP. Explicate.
SILV. Ya me explico.
El amo salió... ¡ojalá
que nunca hubiera salido!
PERP. ¿Acabarás de explicarte?
SILV. Principio... por el principio.
Salió con don Bonifacio...
yo vengo sudando el quilo.
Me pidieron las pistolas
y los floretes.
MERC. ¡Dios mío!
SILV. Y yo se las dí.
MERC. ¿Qué has hecho?
SILV. ¡Si yo soy lo mas borrico!...
Creí que era para verlas...
¡Nunca lo hubiera creído!
PERP. Acaba.
MERC. Me estás matando.
No prolongues mi martirio.
SILV. Los que se matan son ellos.

MERC. ¡Ah!
PERP. Corramos á impedirlo.
MERC. ¡Rafael!...
(Cayendo desmayada en brazos de su madre.)
PERP. ¡Hija del alma!
SILV. (¡Adios! Ya perdió el sentido.)
PERP. Eter... agua...
SILV. Voy corriendo.
PERP. Un médico... pide auxilio...
SILV. (Yo no sé á quién acudir:
si á los muertos ó á los vivos.
Aquí un patatús... abajo...
abajo andarán á tiros.)
PERP. Corre.
SILV. (Me voy con mi amo:
que es el que está de peligro.)

ESCENA XV.

DOÑA PERPÉTUA, MERCEDES desmayada.

PERP. ¿Mercedes?... ¡Hija del alma?...
¡Válgame Dios, qué conflicto!
MERC. ¡Ah! (Volviendo.)
PERP. Vuelve en sí.
MERC. ¿Rafael?
PERP. No temas...
MERC. (Incorporándose.) ¿Y mi marido?
PERP. ¿Tu marido?...
MERC. ¿Dónde está?
PERP. ¿Dónde?... Aquí viene su amigo.
(Viendo llegar á Bonifacio.)

ESCENA XVI.

MERCEDES, DOÑA PERPÉTUA, BONIFACIO desfavorido.

BONIF. Señora, sálveme usted:
de rodillas se lo pido.
Yo lo he visto por mis ojos;
sí, señora, yo lo he visto.
MERC. ¿Y mi esposo? ¿Y Rafael?

PERP. Hable usted, por Jesucristo.
 BONIF. Allí está... y extiende el brazo...
 MERC. ¿Quién?
 BONIF. Ensangrentado y lívido.
 Escóndame usted, señora,
 que van á venir los cívicos.
 PERP. ¿Pues qué sucede?
 BONIF. La luna
 brilla en el cielo... Su disco
 á través de la enramada
 lanza resplandores tímidos.
 Con paso lento dos sombras
 se adelantan... en el sitio
 mas oculto se detienen...
 —Yo era el único testigo.
 De pronto brilla un relámpago
 al encontrarse los filos
 de los aceros.—¿Qué haceis?
 Ellos desprecian mis gritos...
 Y avanzan... y retroceden...
 y dan saltos... y dan brincos...
 —¡Deteneos, insensatos!
 Un ¡ay! desgarró mi oído...
 Un hombre vacila y cae...
 y yo entonces no vacilo...
 Echo á correr; mas la sombra
 vá por el mismo camino...
 Señora, yo vengo muerto:
 señora, yo estoy perdido:
 señora, sálveme usted,
 que van á venir los cívicos...
 PERP. Pero hable usted... ese duelo...
 MERC. ¿En dónde está mi marido?
 SILV. (Dentro.)
 ¡Victoria! Aquí viene el amo.
 ¡Viene vivo! ¡Viene vivo!

ESCENA XVII.

DICHOS, SILVESTRE.

MERC. ¡Gracias á Dios! Rafael...

SILV. Ha vencido al fin y al cabo.
Mi coronel es muy bravo:
como que es mi coronel.
¡Tiene mas fuerza en el puño!
Mas que yo... ¿pues y valor?

BONIF. ¿Murió el Marqués?

SILV. No, señor:
no le hizo mas que un rasguño.
Pudo matarle... es verdad;
porque dá golpes de ley.
Mire usté, á un moro de rey
lo partió por la mitad.

BONIF. Calla y no digas simplezas.

SILV. Y aquel moro era muy hombre,
y tenia por mal nombre
el moro Corta-Cabezas.

Pero el Marqués no es lo mismo:
no alcanzó el bautismo en vano:
que á un cristiano otro cristiano
no ha de romperle el bautismo.

Y como mi coronel
no quiere perder la gloria,
(Señalando al cielo.)

le ha dejado una memoria
para que se acuerde de él.

Porque el Marqués no se agrave
le ha visto un facultativo,
y ha dicho que estaba vivo
y que la herida no es grave...

Y la herida no es mortal,
porque, segun escuché,
es una... yo no sé qué
en la region... no sé cuál...

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, RAFAEL.

BONIF. Este lance, si no emigro,
vá á llevarme al Saladero.

RAF. Que no se trasluzca espero
y tú no corres peligro:

- MERC. ¡Has arriesgado tu vida!
- RAF. Sí, y ante usted me presento,
porque ha llegado el momento
de una eterna despedida.
- MERC. ¿Cómo?
- RAF. Aunque ya mi valor
dió castigo á su insolencia,
¿de qué vale la existencia
al que le roban su honor?
- MERC. Tu honor quedó bien guardado,
al depositarlo en mí.
Sin mancha lo recibí:
sin mancha lo he conservado.
- PERP. La que su nombre desdora
no alza serena la frente.
Mercedes es inocente.
- RAF. ¿Y quién lo prueba, señora?
- MERC. ¿Quién lo prueba? Causa enojos
que dudes de mi inocencia.
La prueba está en mi conciencia,
la llevo escrita en mis ojos.
- RAF. (Si, en sus ojos hay un brillo
que es de la inocencia espejo.)
- BONIF. (Ap. á Rafael.)
Mira, yo ya soy un viejo
y lloro como un chiquillo.
- PERP. El Marqués no volverá,
porque Mercedes le ha escrito...
- RAF. ¿Mercedes? yo necesito
ver esa carta.
- SILV. (Dándosela.) Aquí está.
- RAF. (Vacilando.)
Quiero saber el arcano
que aun encierra este papel;
y aunque mi dicha está en él,
tiembla, al abrirlo, mi mano.
- BONIF. Ese semblante no miente
ó hasta un ángel mentiría.
Y lo que el Marqués decia:
tu mujer es inocente.
- RAF. (Leyendo.) «Marqués, un grave motivo
»dicta mi resolución.

»No temo por mi opinión
»aunque por ella le escribo.
»Libre de rencor el seno,
»teniendo el deber por guía,
»recibirle á usted podría
»con el ánimo sereno.
»Mas al que así se propasa,
»si olvidar la injuria puedo,
»ni mi amistad le concedo
»ni le recibo en mi casa.
»Usted turbó mi reposo;
»usted me ofendió, sin ver
»que era una débil mujer
»y un noble anciano mi esposo.
»No ponga usted en olvido
»que á una esposa digna y casta,
»con solo un amor le basta,
»el amor de su marido.»
¿Es cierto lo que leí?
¿No me engaña ese papel?

MERC.

Escúchame, Rafael:
sin quererlo te ofendí.
Temí que el Marqués pudiera
provocar contigo un lance,
y en tan apurado trance
permití que se escondiera.

RAF.

Tu mágica voz convierte
mi pena en felicidad,
y aunque no fuera verdad
yo necesito creerte.
Triste ha sido la experiencia:
ya sabes lo que es la córte.

PERP.

Pues refrenda el pasaporte
y vámonos á Valencia.

BONIF.

Señora, muy bien pensado.
Ya el Marqués pagó su error.

RAF.

¿Pensaba hacerme un honor
con hacerme diputado!
(Á Mercedes.) Para hallar días felices
me basta el ser tu marido,
y para honrar mi apellido
me bastan mis cicatrices.

- MERC. Hoy, pese á mi amor profundo! Me
celos llegaste á sentir.
Para aprender á vivir
qué gran escuela es el mundo!
- RAF. Dame ejemplos de buen tono,
lecciones de cortesía.
- MERC. ¡Cuán engañada vivía!
¿Me perdonas?
- RAF. Te perdono.
- PERP. De su doctrina fatal
me declaro responsable.
No puede una ser amable
sin que se interprete mal.
- RAF. Ten presente la lección,
y pues hicimos las paces,
no espero que me amenaces
con otra revolución.
- MERC. Seré sumisa y leal.
- RAF. Y años de paz y alegría
sucederán á este día
de *crisis matrimonial*!

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en
que su representacion sea autorizada.
Madrid 18 de Marzo de 1863.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Marta y María.
Madrid en 1818.
Madridá vista de pájaro.
Miel sobre hojuelas.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hom-
bre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.
Pescar á río revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el
desagravio del Cid.
Por la puerta del jardín.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista
de Ronda.

¡Que convido al Coronell...
Quien mucho abarca,
¡Qué suerte la mía!
¿Quien es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imagen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid*).
Sueños de amor y ambición.
Sin prueba plena
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabaja por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuración femenina.
Un domine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huésped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una lección reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocación.
Un retrato aquarela.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una lección de corte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una lección de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.

Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Célio y Flora.

D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
veedor.

El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El león en la ratonera.
El último mono.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico).
El Postillon de la Rioja (*Música*).
El Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitán español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música*).
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música*).
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estatua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la corte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*).
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Mates.
Moreto. (*Música*).

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almería.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered. de Andrión.
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruero.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz García.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijón.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérída.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.